RODO

ARIEL

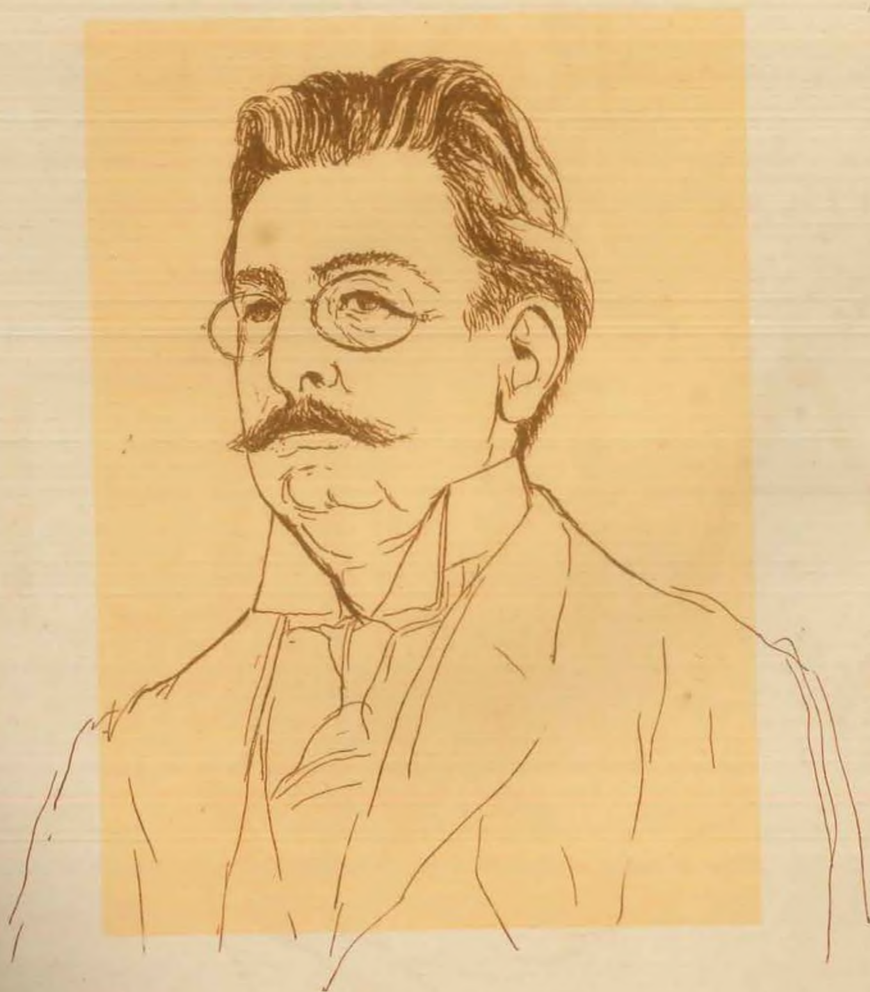


COLOMBINO HNOS. LTDA. EDITORES

MONTEVIDEO - MCMXLVII

ARIEL

A LA JUVENTUD DE AMERICA



RODO

ARIEL



COLOMBINO HNOS. LTDA. EDITORES

MONTEVIDEO - MCMXLVII

P R O L O G O

I

He aquí un libro bello y noble, al cual ha sonreído la gloria. Estas páginas juveniles y magníficas han tenido un destino triunfal. Ellas han recorrido la América despertando en las almas un eco armonioso, moviendo el entusiasmo, dando orientación desinteresada a las inteligencias, impulsando la voluntad heroica del bien. Jamás en nuestro continente y en el campo del habla castellana, se había producido un caso semejante; ni en más breve espacio de tiempo, ni en forma tan completa, un sistema de ideas había alcanzado, no sólo el favor de numerosos lectores, sino la fuerza de seducción para convertirse, como por la gracia mágica de un milagro, en el evangelio de una generación.

Habría que remontarse en el curso de los tiempos hasta el momento en que Fichte expone en sus discursos a la nación alemana, después de las guerras napoleónicas, el ideal de una patria soñada; o al fervor con que la Francia de la primera Restauración templó en las páginas del Genio del Cristianismo de Chateaubriand su mística sed, renovada a la sombra de sus gloriosas catedrales, para encontrar, en la historia de los libros move-

dores de la conciencia colectiva de los pueblos, un caso, si menos amplio por la extensión de sus consecuencias inmediatas, análogo por la eficacia de su fervor ideal.

La concordancia del contenido de su ideario con el estado psíquico colectivo, ha sido al par de su belleza plástica, una de las causas de su éxito triunfal. En él no han influído, ni el nombre del escritor — entonces casi desconocido en América, fuera del limitado círculo intelectual de su ciudad y de su patria, ni el prestigio del país, pequeño territorialmente y desprovisto, en el momento de su aparición, de la resonancia internacional que justicieramente, factores de índole especial no ajenos al contenido de la doctrina de Ariel y al sentido de su propaganda, han contribuído a singularizarlo dignamente, en el concierto de los pueblos latinos del Continente. Ni siquiera el de servir su prédica a determinada orientación política, o religiosa, que pudiera encontrar fácil arraigo en la comunidad de las diversas patrias de América, ha influído para extender el éxito de una difusión que sólo se ha abierto el camino, por la vía de la belleza y del arte.

¿Cuáles son en sí mismas, las razones del éxito inusitado, que han contribuído en medida diversa a determinar ese clima moral en que sus ideas sobre la función del arte, en sus relaciones con la vida y la moral, y el contenido ético de la obra, y han determinado fácil arraigo en el alma de la juventud del continente?

¿Por qué causa esas meditaciones del pensador solitario han abierto el camino de las almas y ha bastado su exposición magnífica, cumplida con singular e incomparable acierto, para convertirlas en el credo triunfal, en el programa soñado de la América que se extiende desde el "golfo de México hasta los hielos sempiternos del sur"?

Explicarlo someramente, importa la revisión del proceso mental de América — en la década final de la pasada centuria, bajo la acción directa de las grandes corrientes del pensamiento europeo. Es asistir virtualmente al drama moral cumplido en el alma de la generación, llamada en el albor del siglo a recoger su herencia magnífica y buscar la fórmula de su destino,

entre las sombras angustiosas del pasado y las luces indecisas del porvenir.

Si ARIEL, aparece a la generación de 1900, como un súbito y glorioso relámpago del genio del gran escritor, en lo que se refiere a su concepción y realización, no carece de antecedentes en el proceso espiritual de Rodó. Su anuncio inmediato está virtualmente contenido en las páginas juveniles de *El que vendrá,* síntesis de ajustada belleza, en que su autor pasa revista en sus grandes líneas al movimiento literario, a la evolución de sus escuelas y tendencias y se detiene en actitud de ansiosa expectativa ante el misterio, que el destino plantea, reclamando al revelador. Sin más conexión inmediata que la posición intelectual que el autor asume ante la vida, son dos obras que es necesario correlacionar en la perspectiva histórica y que constituyen en cierta manera el antecedente y el complemento lógicos de un estado de espíritu, son dos momentos diversos, unidos por la estrecha e íntima relación de un proceso mental y de una actitud ética, en que el pensador, como fruto de su reacción personal íntima, llega a la concepción amplia y armoniosa de un ideal de la vida y de la acción.

La atmósfera moral de los tiempos presentes en América, cargada todavía de los odios que la tempestad de la guerra ha desencadenado sobre el mundo, y ensombrecida con sus fulguraciones la tradición liberal y generosa, por las perturbaciones que en ella han determinado la creciente invasión de fermentos de reacción atávica y de barbarie ideológica extraños a su vocación de libertad, es de tal modo distinta a la de los días serenos en que surgiera ARIEL, que — a no mediar el esfuerzo de revivir el tono vital de aquel momento — puede incurrirse en el error de considerar somero el contenido del libro, cuanto lo de encontrar limitadas o pequeñas sus fórmulas.

Esa falta de perspectiva en la visión ajustada a la realidad del momento histórico, ha originado en buena parte las deficiencias críticas de algunos de sus censores, al no colocarse en el punto justo de la época, prescindiendo del contenido del pensamiento del gran escritor. Quien encuentra incompleta su visión de la democracia americana, juzgando de las observa-

ciones de Rodó en su tiempo, antes de que aquélla rescatara con su sacrificio en las dos guerras mundiales, la parte del espíritu, libertándose de la servidumbre de Calibán.

Quien, siguiendo las orientaciones del materialismo histórico, se queja de que el pensador se mantenga extraño al conflicto de clases; quien reclama porque no es un filósofo y formule un sistema, cuando no se propuso establecerlo ni crearlo; o quien desconociendo la exactitud de sus observaciones a la manera estrecha de concebir el destino de la vida en el orden social y político, traslade al orden particular de un momento concreto de la vida, lo que fué concebido *sub specie aeternitatis* prescindiendo de los accidentes del caso particular. Es una falacia en que se incurre con frecuencia, y contra la cual debe prevenirse la crítica serena e imparcial.

Es lo que un escritor francés — ha llamado la *prueba de los filósofos.*

En lugar de tomar un libro en su conjunto y seguirlo en su desarrollo, se le interroga sobre las cuestiones que cada uno se formula, por cuenta propia, pidiéndole la respuesta inmediata. Se le reclama adaptarse a una exigencia determinada, que el autor no ha previsto, ni entraba en su plan resolver, cuando lo que se impone lógicamente es someterse el lector al libro, e interrogarlo sinceramente en la vía y el plan que se trazara su autor.

II

Nació José Enrique Rodó en Montevideo el 15 de Julio de 1872, en un hogar dignísimo vinculado por su rama materna a una antigua y conocida familia de su ciudad natal. Don José Rodó, su padre, era de origen catalán. Doña Rosario Piñeyro, su madre, era uruguaya. El propio José Enrique, al arribar a Barcelona, debía de destacar en una de sus correspondencias literarias, la pequeña sorpresa de tropezar con su apellido en uno de los comercios de la ciudad, así como el aprendizaje hecho de como debía pronunciarse su nombre, emitiendo la primera sílaba compuesta de *ó* y *u* sin fundirlas en una sílaba común.

Inició Rodó los estudios elementales en la "Escuela Elbio Fernández", institución laica, fundada bajo los auspicios de la "Sociedad de Amigos de la Educación Popular", que procuraba, respondiendo al ideal pedagógico, formar el carácter sobre la base del sentimiento de la dignidad humana, ajeno a toda enseñanza o tendencia dogmática.

De su aprovechamiento singular son testimonio las altas clasificaciones obtenidas. La escuela tenía — con singular acierto pedagógico — un sistema de clasificación que se cumplía por ministerio de los profesores al par que con la intervención de los alumnos. Y justo es consignar, a favor de aquel ensayo del sentimiento de la responsabilidad juvenil, que el fallo de sus pequeños compañeros, ratificando el de los maestros, anticipara también el de la justiciera posteridad. Rodó resulta el primero en las listas, no sólo por su aplicación y su talento, sino por su conducta. El niño precoz revelaba, en el doble ejercicio de la inteligencia y de la acción, lo que sería el hombre lleno de dignidad y de nobleza, que fuera más tarde en su gloriosa madurez.

También su vocación de escritor tuvo oportunidad de manifestarse temprano, redactando con sus compañeros de estudios, algunos periódicos infantiles, como el que lleva por título: *"Los primeros albores"*.

Poco más tarde, en 1885, inicia sus estudios de bachillerato, que lleva adelante, con cierta irregularidad, en cuanto a la asistencia de algunos cursos, pero con la suficiente continuidad, como para terminar aquéllos en 1894, fecha en que cierra la preparación universitaria, con un examen de literatura excepcional en que obtiene la más alta clasificación en los dos cursos que entonces comprendía la materia, dictada por el brillante periodista y crítico Samuel Blixen.

Los que tuvieron oportunidad de tratarlo en las aulas, nos hablan de un joven singularmente aplicado en las materias de su preferencia, o en los puntos o temas que más particularmente le interesaban, y que completaba a veces, las deficiencias de los cursos de la Universidad, bajo la guía de maestros particulares. Es así como estudió filosofía con el Dr. José Pedro Mas-

sera, e Historia Universal con el Dr. Miguel Lapeyre, bien que ambos catedráticos, no vacilaron en reconocer, atento al aprovechamiento demostrado en el poco tiempo que aprendiera con ellos, que consideraban casi innecesario continuar su enseñanza.

Si bien terminó el bachillerato, no parece sin embargo, que lo tentaran las carreras universitarias entonces accesibles: el derecho, la medicina y la ingeniería. Las letras continuaron siendo por esos años de aprendizaje, el objetivo fundamental de su vocación.

En 1895 funda con los hermanos Martínez Vigil (Carlos y Daniel) y Víctor Pérez Petit la *"Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales"* publicación literaria que alcanzó una rápida y merecida difusión.

En ella Rodó se reserva, bien que no aparezca como función permanente, la tarea crítica y allí publica sus primeros ensayos a propósito de libros y autores, sobre los cuales se expide con ecuanimidad y con una penetración sorprendente, al par que su estilo refleja la potencia de un escritor dotado de todos los secretos de su oficio.

Allí, entre diversos ensayos aparecen sus estudios sobre *Juan Ma. Gutiérrez, El Iniciador, Juan Carlos Gómez,* que más tarde han pasado al *Mirador de Próspero* y sus ensayos sobre la novela de Galdós, la crítica de Menéndez Pelayo, y las poesías de Balart.

El don particular de gustar todas las formas de la belleza que estaba en el espíritu de Rodó, se revela desde el primer momento en estas páginas, en toda la plenitud de su talento. La aptitud comprensiva, unida a la simpatía generosa, constituyen la nota personal de su acento. Ningún rasgo del carácter que revele una singularidad manifiesta de un escritor, escapa a su percepción finísima. Ninguna forma nueva o manifestación singular de la belleza, pasa inadvertida a su mirada zahorí. Para este gustador eximio de todas las embriagueces de la belleza y del arte, su inquietud espiritual lo mismo le permite desentrañar las primeras manifestaciones o tentativas incompletas de los forjadores de nuestra modesta tradición literaria, que revelar en toda la belleza de su originalidad, el aporte glorioso de Ruben Darío,

renovando los principios estéticos de la poesía nueva, que bajo el nombre de modernismo, surgió como una aurora en la última década de la pasada centuria.

La formación intelectual de Rodó es una de las aventuras espirituales si menos conocida, por la natural reserva y la discreción con que acompañó siempre sus actos personales, digna de ser estudiada como un ejemplo fecundo a la manera que cabe serlo el caso singular de Stuart Mill — no ya por lo que pueden explicar su obra y sus ideas, sino en cuanto a que por su libertad y eficacia constituyen una pauta que revela la fecundidad dichosa de una amplia cultura libremente vívida y asimilada; es el "camino de perfección" que un hombre joven entre los 20 y 25 años — realiza por sí heroicamente, proponiéndose por su esfuerzo alcanzar una síntesis propia por sobre la superficial impregnación universitaria que resbala sobre el espíritu, sin penetrar en su entraña.

Rodó rehace por sí mismo — en voluntarioso y tenaz esfuerzo — el aprendizaje intelectual particularmente en letras, filosofía e historia. Ese trabajo, al margen de sus tareas de estudiante, lo realiza por sí en todos los momentos, acudiendo a las bibliotecas, entregándose por entero, en la plenitud de los años que los jóvenes dedican a los placeres fáciles y al vagar errante, sin objetivo concreto, a ahondar día a día, el cauce de su propio saber. En *"Motivos de Proteo"*, bien que en forma abstracta e impersonal está la huella de ese maravilloso viaje intelectual, que cumple amarrado como el forzado a su cadena, y cuya dignidad ejemplar resume o esboza en ARIEL, en la figura estoica de Cleonte. Los que le conocieron joven, recuerdan a un mozo barbi lampiño, de agradable aspecto, estatura esbelta, y maneras corteses que atendía el despacho de una oficina de administración de propiedades, situada en la calle Treinta y Tres, que poseía su tío don Cristóbal Rodó, hombre de negocios, pero amante de la cultura y dotado de cierta instrucción. Allí el futuro crítico atenuaba lo prolongado del encierro y el tedio de las horas entregado a la lectura. De vez en cuando algún cliente interrumpía su ensimismamiento. Atendía entonces afable y presuroso, deseoso de volver cuanto antes al interrumpido co-

loquio con sus libros, y alejado el interesado visitante, volvía nuevamente al mundo de las formas soñadas de su incorpórea realidad.

Esas lecturas personales, ajenas a la exigencia del examen o de la preparación angustiosa de la lección — no ya en los manuales de información sintética, sino en las obras originales y fecundas, Rodó las continuó a lo largo de su vida. Durante años, concurrió con asiduidad a la Biblioteca Nacional — de la que por algún tiempo fué director interino — y a la Biblioteca del Ateneo, donde fuera por mucho tiempo, tal vez el más asiduo lector (1).

Este estudioso solitario y paciente amaba los libros con amorosa delectación. El culto del libro — cuyo valor directo había descubierto por su propia experiencia, surge a cada instante en su obra — ora exalte la virtud de los libros, como auxiliares poderosos de la cultura, o tónicos de la voluntad; ya colocándolos como el ornamento más digno en la sala del viejo maestro, al despedir el grupo de sus fieles discípulos para las jornadas de la vida; ora dedique a la Imprenta el único canto de su juventud. Su noble preocupación por los libros, no cesa nunca. Cuando acaso la penuria editorial lo estimula como director de un diario a escribir sobre temas no necesariamente políticos, redacta artículos en el *"Diario del Plata"*, sobre la necesidad de dignificar la misión y el valor de la Biblioteca Nacional, para que ésta sea lo que dignamente merece ser, y como diputado propone leyes, exonerando al libro de toda clase de derechos, al par que consagra el principio de la propiedad intelectual.

Y para completar el rasgo de esta modalidad de su carácter, basta recordar que las contadas veces que su efusión lírica, (no pasan de tres composiciones), buscó en las formas métricas su realización artística, uno de sus sonetos, de factura parnasiana, que iguala alguno de los instantes de su prosa marmórea, lleva

(1) El negro Felipe — portero del Ateneo — ¡todo una institución! me decía hace años mostrándome los gruesos volúmenes de la *Historia de Lavisse y Rambaud*: Vea niño (entonces mi escasa representación podía justificar la confusión) estos libros los leyó todos el Sr. Rodó. — Y Ud. cómo lo sabe? — Porque yo le servía los libros, agregaba entonces con cierta complacencia orgullosa.

por título: "Lecturas" y posee al propio tiempo, el carácter de una confesión literaria de preferencias y orientaciones.

Esta simpatía por el libro es rasgo particular de los autodidactos. No porque no sean capaces de sentir y comprender el valor de la enseñanza impartida, sino porque en su inclinación se confunden a la par la confianza en el maestro y la devoción por la enseñanza.

No obstante, pues, sus estudios universitarios, puede decirse que Rodó fué un autodidacto tenaz y laborioso, pues la alta y superior cultura que alcanzó y que está de manifiesto en toda su obra, es efecto depurado de un largo y paciente estudio, cumplido con disciplina admirable y singular aprovechamiento, en que si lo primero es resultado de su voluntad paciente y bien orientada, lo segundo es el triunfo de una inteligencia noble, de un espíritu delicado y severo, capaz de gustar los más varios y sazonados frutos de la belleza y el arte.

En el año 1898, el Rector de la Universidad doctor Alfredo Vázquez Acevedo, lo designa interinamente catedrático de literatura, siéndole adjudicada más tarde la cátedra en propiedad, por nombramiento directo.

Al año siguiente 1899, escribe su ensayo sobre *"Ruben Darío"* el cual puesto al frente de la edición de París de *"Prosas Profanas"*, editado por la casa de Bouret, difundió el nombre de Rodó en todos los países del habla castellana y en particular en las repúblicas de Sud-América.

Rodó declara en el estudio que es también modernista. Se siente solidarizado con el gran movimiento de renovación artística que busca superar.

"Yo también soy modernista", expresa por su parte. Lo que si es que en el modernismo de Rodó — contrariamente a la posición de negación de sus secuaces — persiste un sentido comprensivo de la belleza, que le permite gustar todas las esencias exquisitas de lo nuevo, al par que el valor incomparable de las creaciones del arte antiguo. Y como no es un iconoclasta, ni se presenta en actitud de rebeldía, ni procura destruir para crear, su posición ideológica le permite, admirando el arte nuevo, reunir

como los romanos en el Panteón, la gloria de todos los dioses de la tierra.

En 1900, aparece ARIEL. La crítica, representada por los jóvenes, lo recibe con admiración unánime. En poco tiempo la tirada de la primera edición ha desaparecido. La segunda edición que es del mismo año, ostenta ya como prólogo el artículo laudatorio publicado por Leopoldo Alas (Clarín), en "Los Lunes", de "El Imparcial", de Madrid.

Alas resume sustancialmente el contenido del libro, y precisa para los lectores españoles su modalidad singular.

"ARIEL, no es una novela — dice — ni un libro didáctico; es de ese género intermedio que con tan buen éxito cultivan los franceses y que en España es casi desconocido".

"Se parece por su carácter, por ejemplo, a los diálogos de Renán, pero no es diálogo, es monólogo, es un discurso en que un maestro se despide de sus discípulos. Se llama ARIEL tal vez por reminiscencia y por antítesis del *Calibán* de Renán". Y después de definir la modalidad de ARIEL agrega: "En la oposición entre Ariel y Calibán, está el símbolo del estudio filosófico y poético de Rodó. Se dirige a la juventud Americana, de la América que llamamos latina, y la excita a dejar los caminos de Calibán, el utilitarismo, la sensualidad sin ideal, y seguir los de Ariel, el genio del aire, de la espiritualidad que auna la inteligencia por ella misma, la belleza, la gracia y los puros misterios de lo infinito".

¿De donde tomó Rodó la idea de dar a su exposición el carácter de una oración magistral, dedicada a la juventud de América, poniéndola bajo el signo del personaje inmortal del drama shakesperiano?

Aún cuando para poder responder con plena conciencia sería necesario disponer de un "diario íntimo" o de las "confesiones" del propio autor, creo que es posible acertar, bien que a título de una suposición, fundada en leves coincidencias y remontándonos al proceso mental que ha debido necesariamente desenvolverse, partiendo de la idea de la oposición original de ambas figuras.

La Tempestad de Shakespeare, y la interpretación de Renán

han creado el símbolo, en cuya dualidad, Ariel y Calibán, radica el fondo de la obra.

En cuanto a la forma de su desarrollo a la manera de una oración universitaria, la sugestión inmediata debió de nacer en él de una memorable pieza universitaria, que el Dr. Lucio Vicente López, leyó en la Universidad de Buenos Aires, en la colación de grados de 1893. Aquel discurso particularmente notable, impresionó vivamente a Rodó; (dos o tres veces lo menciona en el curso de su obra), no sólo por su forma, sino también por su contenido. Los puntos que desenvuelve Lucio Vicente López, han servido como de sugestión para algunos de los temas de ARIEL, como lo son las inquietudes que el porvenir de la juventud argentina y con ella también el de la patria, suscitan en la mente del orador que condena algunos rasgos del utilitarismo creciente que descubre.

Una vida de pensamiento tan noblemente vivida, tan felizmente progresiva en su desarrollo tranquilo como el curso sereno de un río que ensancha su caudal, ondulando graciosamente ora entre bosques o jardines amenos, ora bordeando villas y ciudades, ora dilatándose en las llanuras, para estrecharse luego en el torrente caudaloso y luego tenderse, antes de confundirse con la inmensidad lejana del mar inmensurable, tal se nos ofrece la singularidad de su existencia a la cual, sólo le bastó para completarse pródigamente, la posibilidad que concedía la forma de la vida en otros siglos, en que los humanistas ilustres, filósofos y poetas encontraban la compensación material en la suntuosidad de una púrpura, que brindaba con el esplendor de una posición ambicionada y libre, la posibilidad de encontrar en el retiro que ella le confería, la libertad para entregarse de lleno a las tareas espirituales, libres del apremio enervante de la lucha cotidiana para satisfacer las inmediatas exigencias de la vida. En medio de una democracia deprovista de otras posibilidades para ofrendar al talento, que un pequeño retiro burocrático, pudo pensarse en el desamparo y la orfandad a que lo relegara la injusticia o la indiferencia de sus contemporáneos.

Justo es decirlo, sin disminuir la parte indirecta de responsabilidad de los que pudieran contribuir a utilizar en oportuni-

dad sus talentos que no lo hicieran en tiempo o en la forma con que Rodó lo merecía, que no hubo durante su vida, ni desconocimiento de sus méritos, ni olvido, ni ingratitud. Circunstancias políticas pudieron transitoriamente alejarlo de una colaboración activa en el gobierno de su país, pero no padeció miseria, ni económicamente sus estrecheces pueden parangonarse a la de tantos escritores ilustres, a quienes la necesidad, ha impuesto como el más duro castigo la miseria.

La injusticia para con él nació de la incomprensión de su ideario más que de la voluntad de exclusión, de la incapacidad colectiva para valorar su justa significación y el mérito intrínseco, fuera de los cuadros de la política militante, única unidad de medida para el sentimiento colectivo de la gloria, en estas "democracias inorgánicas", como las llamara Lucio Vicente López. Su situación si no fué próspera no careció de la modesta holgura necesaria para vivir con la dignidad que correspondía a su posición social. Fué modesto y estoico en su vida llena de nobleza y de patriarcal sencillez sin reclamar a pesar de alguna reflexión de orden general contra las ingratitudes del tiempo y el olvido de los hombres. Y cuando tuvo la ambición de efectuar su soñado viaje a Europa, su pluma de escritor fué lo bastante cotizada como para alcanzar por si misma la remuneración que por su alcurnia merecía.

Es así como, esa su modesta posición de escritor en el seno de una democracia, alejado como Aquiles de las luchas de los bandos enconados, no comprometió por un sólo instante su libertad de pensar, ni tuvo que sacrificar al presente, las exigencias del porvenir. Jamás su pluma estuvo al servicio de ninguna idea o de ninguna causa, que no contara plenamente con la adhesión completa de sus convicciones. Esta honradez de su conducta se trasunta lo mismo en el pensamiento que en la acción, en la política como en el arte. Su dignidad como hombre está a la altura de su gloria como escritor. Y su conducta cívica, digna y austera, es al propio tiempo un ejemplo cívico, no ensombrecido por ninguna debilidad del carácter.

Rodó era necesariamente una naturaleza reflexiva servida por un artista de excepción. El mundo se refleja en él en for-

ma de ideas. Naturalmente reflexivo toda excitación, todo reclamo del mundo exterior, ponía en movimiento a aquella vigorosa intelectualidad despertando una serie de consideraciones en torno de la idea central que movía los ecos dormidos de su mundo interior.

No era una resonancia mística, ni el choque se expresaba en el desencadenamiento de las pasiones o los sentimientos contenidos, bien que su sensibilidad delicada supiera vibrar, con simpática resonancia a todos los vientos del espíritu.

Su reacción tampoco se manifestaba en el sentimiento de la línea o del color, a la manera de un Teófilo Gauthier. Su modalidad armónica puede situarse en la línea media de Renán y de Taine, sus dos maestros del estilo y sus dos guías invalorables en el período de formación juvenil.

No tuvo del primero la sonrisa, ni del segundo la rigidez sistemática. Había en ese su "entendimiento de hermosura" el don ecuánime de gustar como una abeja ática en todos los vergeles de la sabiduría, la miel dorada de la belleza y el bien. Su lejana ascendencia mediterránea debió por atávicas influencias filtrar una gota de sangre helénica de aquellos artistas y colonizadores que difundieron en torno de la cuenca del "Mare Nostrum" "el sentido universal de la belleza". Otra influencia, la cantábrica, puso en sus venas el sentido del orden, que se alió a su selección de la hermosura.

El medio americano, suavizó y depuró en la vibración del paisaje toda brusquedad o aspereza, todo desentono inesperado, toda rudeza genial.

Inclusive en las páginas del "Mirador de Próspero", que es en cierto modo el diario íntimo de su espíritu y encerrado en la torre de los sueños, se advierte siempre que su voz se levanta para enseñar, para adoctrinar, para trasmitir a otras almas, el verbo del espíritu, jamás para la solitaria efusión de las ideas. Y no es que Rodó no posea el secreto de la confesión cordial, ni la intimidad de un Montaigne, ni que carezca del sentido del análisis introspectivo de un Amiel, presuroso, aguzado para el análisis sutil y los secretos del alma.

Es que en todo momento se siente llamado por su vocación

apostólica y asume sin buscarlo, en el silencio vasto de América, el tono constante de su prédica. El ha venido a difundir entre los hombres de América la revelación de un evangelio. El ha venido a predicar la revelación de la fraternidad, ante la violencia, la del amor frente al odio, la de la justicia ante el reinado de la fuerza.

El ha querido revelar esa América, dividida y fragmentada como los trozos de un planeta aventados por un cataclismo cósmico, a los hijos de la propia América dispersos y distantes en medio de las murallas de su suelo incomparable, que se ignoran y se desvanecen. El busca dar unidad espiritual a la gran familia dispersa, y en la cual la comunidad del idioma constituye el lazo más fuerte y perdurable.

El quiere predicar el evangelio de la tolerancia, sobre la incomprensión y la injusticia. Busca exaltar en las figuras más altas y representativas de cada país del continente, las cualidades perennes de la estirpe, para que ellos formen como el arquetipo a que deba ajustarse el plan orgánico de una cultura moral superior y completar indirectamente la realidad de una tradición no apoyada en los privilegios, ni en la sangre, sino en la inteligencia y el carácter.

Consciente de la fuerza de esa unidad continental nadie ha levantado así con más altura y dignidad la voz en defensa de esos ideales, nadie ha sabido esclarecerlos con más profundidad, nadie se ha sentido más libre y deliberadamente el ciudadano ideal de esa "ciudad mística" de América, que a la manera de una tierra prometida, señala incesantemente a los pueblos latinos del sur.

Es natural por tanto, que el estilo, que el instrumento del pensamiento se ajuste al objetivo previsto.

No posee la fuerza y el desborde torrentoso de un Sarmiento en quien la forma abrupta y magnífica recuerda la grandeza de la serranía que limita sus valles nativos, donde entre cúspides y abismos, surge de pronto la alegría de un valle del altiplano, que tiene el encanto, cuando no la dulzura del oasis en los arenales del desierto.

Tampoco su prosa posee esa modalidad arcaizante, esa des-

treza singular en el juego de las relaciones de las formas, que presta al conceptismo de Montalvo la gracia de un Quevedo o un Gracián y le permite ese alarde singular de revivir el lenguaje del siglo de oro en los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes". Ni la desbordada elocuencia de Martí en cuyo tumulto de imágenes, como las ondas de un mar movido por el viento, cantan todas las notas, desde el arrullo que despierta la brisa, hasta el estruendo que desencadena la tempestad.

El estilo de Rodó es de una medida rítmica, personalísimo, al punto de que no obstante las admiraciones que ha suscitado es de los pocos escritores que según Zaldumbide, no ha sido imitado.

Esa su prosa sustanciosa, construida con elegancia y armonía nace de un ajuste tan singular entre el pensamiento y la forma de que se reviste que no es posible, a no ser el propio Rodó, llegar a lo primero por la imposibilidad de reunir su capacidad de síntesis genial.

En una formación sociológica de aluvión, como es rasgo típico de los países del Plata, tipo humano de esas características es poco común. En ese sentido y en nuestra América en que el desentono genial es la característica de nuestros grandes hombres, ello constituye un caso único. De este escritor genuinamente americanista por su prédica puede decirse que es el más europeo por su sensibilidad, por su sentido de la civilización primorosa y delicada que veinte siglos de incesante renovación han determinado en el mundo occidental, creando como una flor preciosa de la humanidad, esa imponderable atmósfera de luz que ilumina bellamente el genio de Europa. Es un fruto depurado de una civilización, cuya madurez se trasunta en la justeza de una visión serena de la vida y de las cosas comprendidas y medidas por la inteligencia. Ese sentido de la proporción y la justeza, es el elemento, que existe permanente en su pensamiento que tiene la euritmia de una columna dórica coronada por la gracia perenne del capitel.

Rodó es sin disputa uno de los primeros escritores del habla castellana en su tiempo, y tal vez el más completo escritor que haya nacido en tierras de América.

El es de la estirpe inmortal, en que cabe reunir las figuras señeras de Sarmiento, de Montalvo, de Bello y de Martí.

El temple de su prosa ora se dilate en la onda amplia de sus párrafos majestuosos y elegantes; ora se ciña en sus formas precisas y lapidarias, mantiene siempre una armonía deleitosa, en que parece ajustarse a un ritmo interior, y en que una medida rige acompasadamente el movimiento armonioso de una marcha triunfal. Si no poseyó el don particular y divino de la poesía, ese secreto musical de expresar en manera única e intraductible el pensamiento que es condición suprema del verdadero poeta, si ese don de la magia del ritmo no constituyó una de las modalidades o rasgos de su personalidad de escritor, no hay duda de que en el manejo insuperable de la prosa, alcanzó un dominio, que le permitió señorear las más varias formas de la expresión ajustadas a una secreta armonía, y la sustancia si no la forma de muchas de sus páginas en prosa, son materia poética por excelencia.

No conozco escritor americano en quien más completamente los secretos inefables del ritmo musical de la forma no versificada le hayan sido concedidos con tanta largueza y plenitud, como a Rodó. Si el sabor local del ambiente, no trasciende en el mármol de su prosa, ajena a esas peculiaridades que dan carácter a muchos escritores de América, y ofrece una modalidad tan típica en ciertas personalidades, su técnica tiene la armonía de una fórmula clásica ajustado al de un invariable y delicado buen gusto. En todo momento Rodó se siente que habla no para la intimidad, sino para el público; no como el solitario de celda de monje, sino para el ágora y la cátedra. En torno de la prédica llena de persuasiva unción, y ajustada a las normas del buen gusto, la muchedumbre escucha. Y el tono más alto de la voz, que se presiente que va subiendo gradualmente, anuncia que el escritor habla siempre en el mismo tono magistral, con que Próspero dialoga con sus discípulos, congregados en torno de la estatua de Ariel.

III

Ariel se inicia con la manifestación de Próspero de que anhela colaborar en el programa que, al respirar el aire libre de la acción formularán sus discípulos en la intimidad del espíritu, programa ideal que formulado o no, existe siempre en todas las agrupaciones y los pueblos que son algo más que muchedumbres.

Si la vida y la libertad según la fórmula de Goethe, sólo es digno de merecerlas quien es capaz de conquistarlas, el honor de cada generación humana exige que se logre por la actividad del pensamiento, su adhesión a un ideal y su determinado puesto en la evolución de las ideas.

El primer objeto de fe, debe ser la conciencia de sí mismo. La juventud es una fuerza, de cuya aplicación son obreros los jóvenes, un tesoro, de cuya inversión son responsables.

Les incita a amar el tesoro y la fuerza de la vida que existe en sí mismos y a realizar la conquista de ese mundo interior.

Cada generación humana renueva el tocado de novia de la ilusión y él embellece con la evocación de una página de Guyau su sentido profundo. Provocar la renovación del ideal en la Humanidad como un ritmo de la Naturaleza, es la obra de la juventud. Señala su valor en los pueblos, análogo en cierto sentido, a su significación en el alma del individuo. Grecia tuvo el tesoro de la juventud inextinguible. Gracias a ello realizó grandes cosas. Esas prendas del espíritu joven, el entusiasmo y la esperanza que en las secretas armonías de la naturaleza y de la historia, corresponden al movimiento y a la luz, aparecen como el ambiente natural de las cosas fuertes y hermosas.

El Cristianismo, en su origen, nos ofrece un cuadro de juventud inmarcesible. Evoca entonces en una página de frescura encantadora, la gracia de su iniciación triunfal.

Insiste en la necesidad de la posesión consciente de esa fuerza. La psicología colectiva de los últimos tiempos vista a través de las páginas de la novela contemporánea, inmensa superficie espectacular donde se refleja la imagen de la vida,

parece comprobar una disminución de la juventud interior en la persona de sus héroes, bien que un lisonjero renacimiento se señala ya en alguna de las corrientes (Lemaître, Wizewa, Rod).

Espera que la generación que se prepara a entrar en la acción, en los albores del siglo, permita soñar con generaciones que devuelvan a la vida, por una vigorosa resurrección de energías, una realidad de existencia colectiva, en que ella afirme su mágica influencia, como en la vida individual.

Las inquietudes que las confidencias íntimas le han anticipado, hablan de indecisión, de duda, no de enervamiento ni de un definitivo quebranto de la voluntad.

Esas notas de desaliento y de dolor, que han brotado de la meditación, no son indicio de un estado de alma permanente. La invocación al ideal *que vendrá,* con una voz de esperanza mesiánica, ha bastado para disiparlas.

No se propone al hablar del entusiasmo y la esperanza como virtudes altas y fecundas, determinar la línea infranqueable que separa el escepticismo de la fe, la decepción de la alegría. Tampoco pretende confundir su fuerza y espontaneidad con la frivolidad del pensamiento que compra el amor y la alegría al precio de la incomunicación y la ignorancia voluntarias.

Hay que aceptar el reto de la esfinge y no esquivar su interrogación formidable. El dolor que enerva es un consejero pérfido, porque entraña una filosofía que lleva a la abdicación de la voluntad y quien lo sigue merece ser calificado "de indolente soldado que milita bajo las banderas de la muerte" (1). Cuando el dolor es estímulo varonil para la lucha, cumple su función biológica al constituir el más poderoso impulso de la vida, análogo al hastío que para Helvecio, cuando impide a la sensibilidad encerrarse en el odio, se convierte en vigilante estímulo de la acción.

Pesimismos de esa índole revisten el carácter de *optimismos paradógicos.*

Esa fe en el porvenir y la confianza en la eficacia del es-

(1) ¿De que poeta ha tomado Rodó, la cita tan oportuna de este verso? En una nota crítica, cabe formularse una pequeña digresión para esclarecerla. Pertenece a J. J. Olmedo.

fuerzo humano son el antecedente de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo. Quiere que la juventud afronte la vida con la altiva mirada de un conquistador. Quizá la juventud ha disminuído su influencia eficaz en las sociedades humanas.

Gastón Deschamps lo señala para Francia. En cuanto a América el aislamiento doloroso, parecería justificar la observación.

"Y sin embargo agrega, yo creo ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas: yo creo que América necesita grandemente de su juventud".

Sobre la diversidad de vocaciones debe velar el sentimiento de que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada. Hay una profesión universal que es la de ser hombre, repite con Guyau. Hay que desarrollar la plenitud del ser. Previene contra el peligro de una especialidad restringida. El efecto moral es la indiferencia por los intereses de lo humano. El ejemplo de Grecia, que cinceló las cuatro faces del espíritu, le sirve de confirmación.

El *milagro griego,* esa sonrisa de la historia, nace de ese florecimiento en su plenitud. Los *intereses del alma,* no consienten la indiferencia de nadie.

Cuando el sentido de la utilidad material y el bienestar, con la energía del presente, dominan la vida, son fatales a las preocupaciones ideales, y constituyen como una suerte de servidumbre oprobiosa contra la cual es menester defenderse en la milicia de la vida. La parábola del rey hospitalario, abre su fresco oasis. Este recurso de exposición alcanzará más tarde en *"Motivos de Proteo"* su más acabada realización.

La absoluta indiferencia hacia el sentimiento de lo bello es el primer impulso de la regresión vulgarizadora. Todavía el argumento del apóstol traidor ante el vaso de nardo inútilmente derramado sobre la cabeza del Maestro, es una de las fórmulas del sentido común. Lo superfluo del arte no vale para la masa anónima, los trescientos denarios.

El arte sigue siendo por su virtualidad el elemento de una educación humana capaz de formar un amplio concepto de la vida. El educado en el sentido de lo bello está más próximo a

la posesión del sentido de la justicia. El sentimiento del deber es más completo, cuando además de sentirlo como una imposición, el ser humano lo percibe también como una armonía.

Las páginas sobre la relación de la belleza y el bien, tienen la hermosura de un diálogo platónico. ¡Con qué penetración y con qué finura espiritual, se adentra en los dominios de lo bello, señalando la eficacia, en las grandes revoluciones, de la parte que corresponde a la íntima belleza de las ideas! La originalidad de la obra de Jesús, está en haber hecho sensible con su prédica la poesía del precepto. El ascetismo que no supo encarar más que una faz del ideal, y excluyó de la idea de la perfección todo lo que hace la vida amable, delicada y hermosa, sólo sirvió para engendrar en la Italia del Renacimiento un tipo de civilización que únicamente creyó en la virtud de la apariencia fuerte y graciosa.

El puritanismo, al divorciar la voluntad del sentido de lo bello, tendió una sombra de muerte que aún no ha conjurado Inglaterra, en las menos amables manifestaciones de su religiosidad y sus costumbres.

Quisiera como tipo de la perfección de la moralidad humana, infiltrar el espíritu de la caridad, en los moldes de la elegancia griega. Ese consorcio — entre los dos ideales más altos de la historia, pareció consumarse en la luminosa alegría de la antigüedad, cuando el Evangelio naciente se propaga en las colonias griegas de Tesalónica y Filipos.

El buen gusto no sólo es una elegancia de la civilización, es también una "rienda firme del criterio". Si a veces la educación aparece unida al extravío de la moralidad, es porque ha sido cultivada como fuerza aislada. Como en las líneas inmortales del Partenón, cree con Taine, que la proporción armoniosa, es una "promesa de eternidad".

En el vértigo del sentido moral, y la limitación fanática de la razón que aparecen en el histrionismo de Nerón o en el impulso destructor de la Convención ¿qué parte no deberá tener en el primero la afectación retórica de Séneca y en el segundo la perversión de mal gusto?

Afirma Rodó la idea de que un superior acuerdo entre el

buen gusto y el sentido moral, domina tanto en el individuo, como en las sociedades humanas.

La hermosura difundida en el seno de la naturaleza no obra como un mero azar, como una superfluidad caprichosa, sino como una función vital. El matiz de las flores, o su perfume convocan al insecto propagador del polen fecundo. El pintado plumaje de las aves, señala las preferencias para la atracción del amor, y en la contienda vital la subsistencia de los seres mejor dotados de hermosura, sobre los menos dotados, demuestran el carácter realísimo de la función estética.

Es cierto que para los devotos de lo severo y de lo útil hacer de la gracia una forma universal, equivale a menoscabar el temple varonil y heroico de las sociedades y su capacidad utilitaria y positiva. Colocándose en el punto de vista utilitario, sostiene entonces con ironía, que a los que se sienten inclinados a *expulsar a las golondrinas de los tejados,* siguiendo el consejo de Pitágoras, corresponde argumentarles, no con la gracia monástica del ave y su leyenda de virtud, sino con que la permanencia de sus vidas, en manera alguna es inconciliable con la seguridad de los tejados.

Como tipo de vida opuesta a esta armoniosa concepción de la existencia fundada entre sus fines esenciales, como norma de conducta en esa desinteresada visión de lo hermoso, señala la concepción *utilitaria* que sólo procura la inmediata finalidad del interés.

Reivindica la noble figura de Guyau entre los pensadores que han intentado sellar la reconciliación de las conquistas del siglo XIX, en sus titánicos esfuerzos por subordinar las fuerzas de la naturaleza a la voluntad humana, con la renovación de las idealidades que han servido de devoción a la Humanidad.

De las causas fundamentales a que generalmente se atribuye el desborde del espíritu de utilidad, las revelaciones de las ciencias naturales y el triunfo de la idea democrática, Rodó se propone tratar exclusivamente esta última.

En esta parte, Rodó no sólo se aparta de Renán, sino que formula su crítica más formal, después de rendirle el debido homenaje a la manera de aquellos justadores del medio-evo, que

antes de entrar en liza, cumplían como un ritual al valor caballeresco, el saludo de armas.

A menudo, entre los que han leído superficialmente a Rodó, pasa como moneda corriente, la afirmación que tiene caracteres de lugar común, de ser un discípulo de Renán.

Si con ello se limitaran a afirmar que en el estilo de Rodó, hay algunos elementos, de la forma mágica del pensador francés, podía en parte aceptarse. En modo alguno en lo que respecta al fondo de sus ideas y en particular en cuanto al problema de la democracia.

En el *"Calibán"* de Renán, en que su autor se propone continuar la *"Tempestad"* de Shakespeare, la obra termina con la derrota de ARIEL. Próspero acepta su triunfo. Si pide a Calibán que retire su menosprecio para ARIEL, reconoce que sin Calibán no existe la historia. "El áspero odio que lo lleva a suplantar a su dueño, es el principio del movimiento en la Humanidad". Calibán aparece justificado en el drama del pensador francés, como el mal necesario, como la parte impura y fatal que entra en el barro celeste, en que se amasan las formas de la vida.

Con la entronización de Calibán, ARIEL es el vencido. El no puede participar de la vida fuerte pero impura. Su duelo será no participar más en las luchas de los hombres.

Es lo contrario de lo que defiende y consagra Rodó. La democracia abandonada a si misma, sin un ideal que la depure, puede llegar a extinguir toda alta superioridad. El Próspero quiere que continúe llevando el guión triunfal en la ascensión de la humanidad.

La igualdad conquistada en el punto de partida, supone el allanamiento de las superioridades injustas. Pero la necesaria superación de ese postulado básico, radica "en suscitar por eficaces estímulos, en su seno, la revelación y el dominio de las verdaderas superioridades humanas".

El problema cobra para América caracteres imperiosos por el apresurado crecimiento, la agregación inmigratoria, sin que se cumpla el proceso de asimilación, la dificultad de encauzar el torrente humano con los medios para consolidar la solidez de la estructura social.

Tomando la fórmula que Alberdi consagrara en las *Bases,* Rodó la defiende contra una estrecha interpretación. Gobernar es poblar, dice, asimilando en primer término — educando y seleccionando, después. Si la importancia cuantitativa de la población determina a menudo la aparición de las más elevadas actividades humanas, dando lugar a la compleja división del trabajo, permite hacer efectivo el dominio de la calidad. Es el coeficiente de una dirección moral, lo que convierte a la multitud en barbarie o civilización. Rodó defiende la democracia, previniendo la necesidad de mantener la noción de las legítimas superioridades humanas. Ve en la mediocridad que acecha, el peligro de una barbarie cuyo "Atila podría personificarse en Mr. Homais; cuyo heroismo es la astucia", que odia en el mérito una rebeldía; que convierte en sabiduría al dogmatismo del sentido vulgar, y en gravedad a la avidez del corazón.

La ferocidad igualitaria, cuya posteridad domesticada acecha en la sombra, ha cambiado su acometida primitiva en forma menos ruda, pero no menos peligrosa.

Recorriendo el movimiento de las ideas pasa en revista las críticas a la realidad democrática, en las grandes figuras del siglo XIX, Renán, Taine, Carlyle, Emerson, Flaubert, Ibsen y Nietzsche.

En todos ellos palpita el anhelo de una rectificación del espíritu social que asegure a la vida de la *heroicidad* y el pensamiento, un ambiente de dignidad y de justicia. Y encuentra en esa comunidad de anhelos algo así como la nota tónica, que en el ocaso de la centuria próxima a su término, la humanidad propone para las armonías del futuro.

Rodó ve en la democracia un principio de vida ineludible y por tanto disiente radicalmente de Renán en este punto, haciendo notar — que por sobre las imperfecciones de sus formas históricas, en que se ha realizado, subsiste su realidad ineluctable y no siendo posible la destrucción de la igualdad, sólo cabe pensar en la educación de la democracia.

Es así como la educación popular adquiere, en relación a esa misión, un interés supremo. Es por ello, que la obra de la escuela tiene un valor perdurable. Ella amasa "la dura arcilla

de las muchedumbres", ella levanta y prepara el porvenir. Ella debe velar por hacer efectivos "el sentido del orden, la idea y la voluntad de la justicia, el sentimiento de las legítimas autoridades morales".

Todo un programa de educación está contenido en esta visión tan alta como fecunda. Valdría la pena que los llamados a encararla y resolverla en nuestro país, se inspiraran en esta idealidad generosa, en esta orientación que empezara por formar el carácter, al par que cincelara las inteligencias por el saber.

Retornando a la necesidad de consagrar el principio de la igualdad, sostiene que ella radica en el derecho idéntico a aspirar a las superioridades morales. Todos los seres están dotados por la naturaleza de facultades capaces de un noble desenvolvimiento. El deber del Estado es colocar a todos los miembros de la sociedad en condiciones de tender a su perfeccionamiento, y en procurar la revelación de las superioridades, donde quieran que existan.

La diferencia entre la aristocracia y la democracia es que la primera se funda en un principio de selección adscripto a grupos sociales y organizados sobre la injusticia y "el excecrable privilegio de la casta", y la segunda renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo y la hace aceptar por la justicia y el amor.

Crítica así al pasar el anti-igualitarismo de Nietzsche, cuya influencia se marca profunda en la moderna *literatura de ideas,* que reivindica los derechos implícitos del *super-hombre,* que niega a la fraternidad toda piedad, que crea un menosprecio satánico en su corazón por los débiles y los desheredados; al par que legitima los privilegios de la voluntad y de la fuerza.

"Por fortuna — concluye — mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz, — es decir: siempre — la humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo orden estable y que la superior jerarquía en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amar!"

Es así como apenas mediado el cuarto de siglo de su exis-

tencia, encaraba el problema de democracia y lo resolvía con una visión de extraordinaria lucidez.

El libro se cierra con un análisis de la "democracia, formidable y fecunda, que, allá en el Norte, ostenta las manifestaciones de su prosperidad y su poder, como una deslumbradora prueba que abona en favor de la eficacia de sus instituciones y de la dirección de sus ideas".

Frente a la admiración por su grandeza y por su fuerza que suscita una suerte de conquista moral en nuestros hombres dirigentes y tal vez mayor en las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria, que llevarán cumpliéndose la ley de imitación a una América *deslatinizada,* Rodó, con alta ecuanimidad, reconociendo la conveniencia de rectificar por la educación del carácter de una sociedad humana para concordar con nuevas exigencias de la civilización, expresa que no ve gloria en desnaturalizar el carácter, el genio *personal,* de los pueblos, por la identificación con un modelo extraño, al cual sacrifiquen la originalidad irreemplazable del espíritu, ni en la creencia de que pueda lograrse por procedimientos artificiales de imitación. Cree que hay en ello mucho de *snobismo* político, imitación impotente de la grandeza y superioridad inalcanzable, con el sacrificio de la personalidad.

Aquel precepto de Cicerón, según el cual forma parte de los deberes humanos, el que cada uno cuide y defienda celosamente la originalidad de su carácter personal, que lo distinga y diferencie, respetando el impulso originario de la naturaleza, en todo lo que no sea contrario para el bien, cree que debe aplicarse a las colectividades humanas.

Los americanos latinos poseen una herencia de raza "un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia" — y cuya continuación está confiada al futuro. Y el cosmopolitismo, condición material de nuestra formación, no excluye, ni esa fidelidad al pasado, ni la fuerza plasmante del genio de la raza para asimilar y fundir los elementos del futuro.

Así como en la antigüedad Atenas y Lacedomonia concluyeron por forjar la grandeza del genio y el carácter de la civilización inmortal de Grecia, encuentra en esta dualidad continen-

tal, en esta diferencia genial y emuladora de Norte y Sud América, el secreto de su misión gloriosa.

En página de una precisión y de una visión de síntesis admirable, Rodó, estudia el carácter de la civilización americana.

No conozco en Sud América quien con más serenidad y más altura haya encarado este análisis.

Se ha pretendido encontrar en estas páginas la influencia de la crítica de Paul Groussac, en su libro "Del Plata al Niágara", escrito con motivo de su viaje a Estados Unidos en 1892, para concurrir a la *World's Fair* de Chicago.

Es casi seguro que en la amplia información que caracterizó siempre la preparación de Rodó al asumir la responsabilidad de escribir sobre cualquier tema, un libro de esta jerarquía no debió ignorarlo (1).

Lo que es evidente, es que las impresiones personales de Groussac, escritas con ese estilo incisivo, graban el pensamiento como el mordiente de un ácido en la plancha de cobre, no ha sintetizado su juicio de conjunto sobre la civilización americana, aunque en cada línea se traduce su sentimiento marcadamente opuesto.

La modalidad de Groussac es totalmente diferente de la de Rodó, aunque su amplia cultura y su sentido artístico, dieran a su crítica expresada con una libertad de pensamiento y una gran sinceridad, una autoridad excepcional.

Hay pues una sola coincidencia, la condenación del utilitarismo que Rodó con una ecuanimidad ejemplar, atendía mostrando todas las virtudes geniales de la gran democracia del norte, al par que previene de los peligros que el sentido de la utilidad inmediata pueden representar en el desenvolvimiento de la vida. Por lo demás, son los propios americanos, especialmente aquellos que miran el destino de su civilización, los primeros en advertirlo.

F. J. Stimson, ha dicho en el prólogo de su versión de ARIEL al inglés "John Stuart Mill had a horrible phrase: *"Utilities, fi-*

---

(1) "*Del Plata al Niágara*" apareció en Buenos Aires en 1897, pero una parte del libro, vió la luz en forma de correspondencias en "*La Nación*" y otras en "*La Biblioteca*" que dirigía el propio Groussac bajo el título de "*Marinas y paisajes americanos*".

xed and embodied in material objects"; and it has lately seemed, in that world of chesmistry and machinery which our modern life has evolved, as if only those utilities which could be fixed and embodied in material objects and multiplied in great quantities for universal demand were deemed of any value... But Ruskin followed Mill; and he asked humanity to consider what "value" really means. It is not material, still less mechanical, but the *life-giving* quality of a thing: *valor* — *valere* — that which is sane, and well, and makes for the life of man; and that means, in last analysis, the life of his soul".

Esto es precisamente lo que quiere Rodó: la vida del alma, la vida de su alma, la de todas las almas.

Y por ello en las páginas finales del libro, Próspero señala que ante la historia todo un pueblo debe aparecer como vegetación que ha tendido a producir un fruto, donde su lozanía ofrece al porvenir su fragancia y la fecundidad de su simiente.

Una gran civilización al desaparecer deja vibrante su espíritu y hace surgir ante la posteridad su legado imperecedero. Pero su grandeza no reside en acumular los elementos de la prosperidad material.

Así ni Babilonia ni Cartago, representan en la memoria de la humanidad "el hueco de una mano si se le compara con el espacio que va desde el Acrópolis al Pireo".

¿Cómo lograr que en América latina, ciudades cuya grandeza material las acerca a participar del primer rango en el mundo, puedan dar la impresión de la muerte espiritual y terminar en Sidón, en Tiro o en Cartago?

La juventud que se levanta puede impedirlo predicando sin tregua el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios.

Para ello basta que el pensamiento insista en ser, en demostrar que existe, para que su triunfo sea seguro.

IV

Antes de escribir estas líneas, acabo de recorrer nuevamente con emoción piadosa, las páginas del gran escritor, que el nombre de ARIEL ha sellado inmortalmente de gloria.

Al volver a ellas constato una vez más, fenómeno común en el eco de las grandes lecturas cuya resonancia persiste largamente en el espíritu, que existe un diferente tono de emoción, entre el deslumbramiento de la primera hora, y la que alcanza actualmente, que no proviene de la constatación de una deficiencia en su factura técnica, ni de la imperfección de los medios artísticos que manejara su autor.

Es que los grandes libros, no los leemos únicamente con los ojos del entendimiento, los vivimos también integralmente con nuestro espíritu y el tiempo implacable que cercena o amengua la sensibilidad y disminuye gradualmente en las almas la capacidad de emoción, también modifica la perspectiva de la visión personal.

Por instantes, esta vuelta al pasado, tiene el melancólico encanto del retorno a una de esas gloriosas catedrales del medioevo bajo cuyas bóvedas, que se levantan hacia el cielo, la fe congregara otrora las multitudes, en el fervor de la plegaria.

La soberbia majestad de las naves, nos impone con su grandeza. De las columnas esbeltas ascienden graciosamente las volutas como si buscaran confundirse con la bóveda. En el vano de los altares, las imágenes sagradas conservan, sobre el fondo esplendente de oro, apenas amortiguado por el tiempo, la sonrisa que aún parece hablar a los fieles su lenguaje inefable y angélico, de dulzura y amor.

Sólo está ausente, no el mundo objetivo de la realidad, tal como fuera — sino el mundo de las almas, desprovisto de la fe primera e inmarcesible que animaba con su potencia fulgurante, los elementos del gran drama del corazón.

Quizá algo de ello, se verifique al tornar con el espíritu ensombrecido, a la contemplación de los ideales que fueron el hechizo de la juventud.

¿Es que entonces, el ensueño de ARIEL ha muerto? ¿Es que

el genio del aire, se ha desvanecido en la noche, como un lampo de luz? — Esa noble concepción del destino humano realizándose en la pureza de la acción, bajo el imperio generoso del ideal desinteresado, no tiene en la época presente del reinado de Calibán, el sentido y el alcance que tuviera para las generaciones de América, que llegaban al estadio de la vida, al cumplirse el centenario de la emancipación del Continente Americano; y sus fórmulas, ¿serán lenguaje ininteligible, para las multitudes modernas, vastos ejércitos al servicio de Calibán, lenguaje no menos remoto e incomprensible que el que guardan los jeroglíficos de la Isla de Pascua, para los indígenas que sobreviven y sólo advierten la curiosidad del diseño, sin alcanzar a develar su sentido oculto y desvanecido?

Quiero creer que no.

Desde lo más íntimo de mi espíritu siento que asciende la protesta indignada. Como Juliano el Apóstata, no logro persuadirme de la muerte de los antiguos dioses.

Lo que la vida ha destruído, mis sentimientos íntimos rebelándose en las más hondas profundidades del espíritu, se empeñan tenazmente para reclamar su realidad.

No, ni la belleza, ni la poesía, ni el arte, ni el bien, conciliados en el destino humano, pueden morir. El progreso del espíritu, cuya ascensión fatal se realiza en la humanidad, debe también cumplirse en el orden de la convivencia humana. El imperio de la democracia en el mundo, que importa el ideal de vida libre y concretamente realizado por la voluntad, debe resolverse en una armonía con las más altas y puras idealidades del alma humana.

Y este libro pequeño y primoroso, con que el arte de Gutenberg, permite renovar, como en el árbol la pompa floral de una risueña primavera, los nobles pensamientos de Rodó, lleve una vez más sobre el suelo de América, la buena nueva del eterno ideal, redivivo y triunfante, sobre las almas atentas a su mensaje de esperanza y de amor.

Juan Carlos Gomez Haedo

Montevideo, febrero de 1947.



AQUELLA tarde, el viejo y venerado maestro, á quien solían llamar Próspero, por alusión al sabio mago de *La Tempestad* shakspiriana, se despedía de sus jóvenes discípulos, pasado un año de tareas, congregándolos una vez más á su alrededor.

Ya habían llegado ellos á la amplia sala de estudio, en la que un gusto delicado y severo esmerábase por todas partes en honrar la noble presencia de los

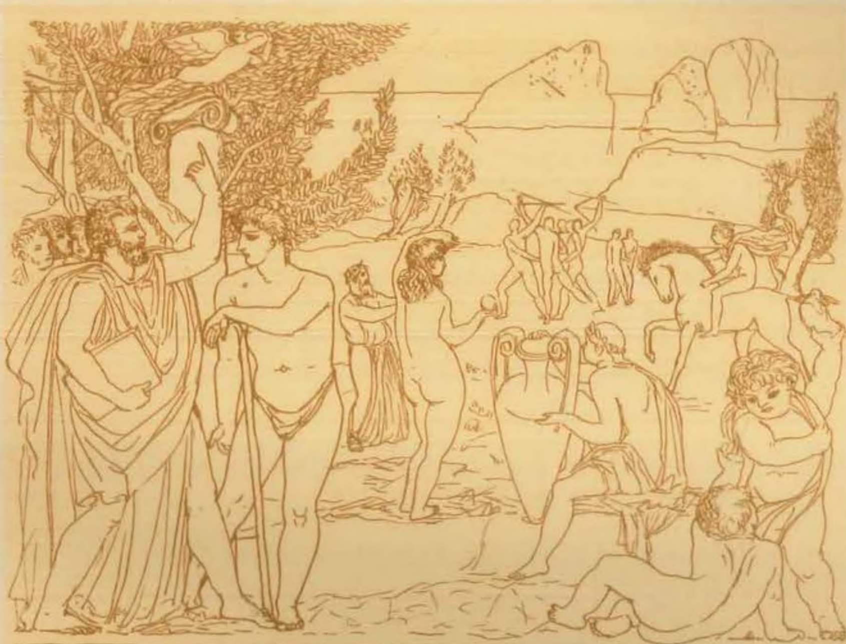
libros, fieles compañeros de Próspero. Dominaba en la sala — como numen de su ambiente sereno — un bronce primoroso, que figuraba al ARIEL de *La Tempestad.* Junto á este bronce se sentaba habitualmente el maestro, y por ello le llamaban con el nombre del mago á quien sirve y favorece en el drama el fantástico personaje que había interpretado el escultor. Quizá en su enseñanza y su carácter había, para el nombre, una razón y un sentido más profundos.

Ariel, genio del aire, respresenta, en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, — el término ideal á que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida.

La estatua, de real arte, reproducía al genio aéreo en el instante en que, libertado por la magia de Próspero, va á lanzarse á los aires para desvanecerse en un lampo. Desplegadas las alas; suelta y flotante la leve vestidura, que la caricia de la luz en el bronce damasquinaba de oro; erguida la amplia frente; entreabiertos los labios por serena sonrisa, todo en la actitud de Ariel acusaba admirablemente el gracioso arranque

del vuelo; y con inspiración dichosa, el arte que había dado firmeza escultural á su imagen, había acertado á conservar en ella, al mismo tiempo, la apariencia seráfica y la levedad ideal.

Próspero acarició, meditando, la frente de la estatua; dispuso luego al grupo juvenil en torno suyo; y con su firme voz, — voz *magistral,* que tenía para fijar la idea é insinuarse en las profundidades del espíritu, bien la esclarecedora penetración del rayo de luz, bien el golpe incisivo del cincel en el mármol, bien el toque impregnante del pincel en el lienzo ó de la onda en la arena, — comenzó á decir, frente á una atención afectuosa:



JUNTO á la estatua que habéis visto presidir, cada tarde, nuestros coloquios de amigos, en los que he procurado despojar á la enseñanza de toda ingrata austeridad, voy a hablaros de nuevo, para que sea nuestra despedida como el sello estampado en un convenio de sentimientos y de ideas.

Invoco á ARIEL como mi numen. Quisiera ahora para mi palabra la más suave y persuasiva unción que ella haya tenido jamás. Pienso que hablar á la juven-

tud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada. Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación.

Anhelo colaborar en una página del programa que, al prepararos á respirar el aire libre de la acción, formularéis, sin duda, en la intimidad de vuestro espíritu, para ceñir á él vuestra personalidad moral y vuestro esfuerzo. Este programa propio, — que algunas veces se formula y escribe; — que se reserva otras para ser revelado en el mismo transcurso de la acción, — no falta nunca en el espíritu de las agrupaciones y los pueblos que son algo más que muchedumbres. Si con relación á la escuela de la voluntad individual, pudo Goethe decir profundamente que sólo es digno de la libertad y la vida quien es capaz de conquistarlas día á día para sí, con tanta más razón podría decirse que el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste, por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas.

Al conquistar los vuestros, debéis empezar por reconocer un primer objeto de fe, en vosotros mismos. La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois

responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo con Renán: "La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la Vida". El descubrimiento que revela las tierras ignoradas necesita completarse por el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar á un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista, que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores.

Del renacer de las esperanzas humanas; de las promesas que fían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor, adquiere su belleza el alma que se entreabre al soplo de la vida; dulce é inefable belleza, compuesta, como lo estaba la del amanecer para el poeta de *Las Contemplaciones,* de un "vestigio de sueño y un principio de pensamiento".

La humanidad, renovando de generación en generación su activa esperanza y su ansiosa fe en un ideal, al través de la dura experiencia de los siglos, hacía pensar á Guyau en la obsesión de aquella pobre enajenada cuya extraña y conmovedora locura consistía en

creer llegado, constantemente, el día de sus bodas. — Juguete de su ensueño, ella ceñía cada mañana á su frente pálida la corona de desposada y suspendía de su cabeza el velo nupcial. Con una dulce sonrisa, disponíase luego á recibir al prometido ilusorio, hasta que las sombras de la tarde, tras el vano esperar, traían la decepción á su alma. Entonces, tomaba un melancólico tinte su locura. Pero su ingenua confianza reaparecía con la aurora siguiente; y ya sin el recuerdo del desencanto pasado, murmurando: *Es hoy cuando vendrá,* volvía a ceñirse la corona y el velo y á sonreir en espera del prometido.

Es así como, no bien la eficacia de un ideal ha muerto, la humanidad viste otra vez sus galas nupciales para esperar la realidad del ideal soñado con nueva fe, con tenaz y conmovedora locura. Provocar esa renovación, inalterable como un ritmo de la Naturaleza, es en todos los tiempos la función y la obra de la juventud. De las almas de cada primavera humana está tejido aquel tocado de novia. Cuando se trata de sofocar esta sublime terquedad de la esperanza, que brota alada del seno de la decepción, todos los pesimismos son vanos. Lo mismo los que se fundan en la razón que los que parten de la experiencia, han de reconocerse inútiles para contrastar el altanero *no importa* que surge del fondo de la Vida. Hay veces en que, por una aparente alteración del ritmo triunfal, cruzan la historia humana generaciones destinadas á personificar, desde

la cuna, la vacilación y el desaliento. Pero ellas pasan, — no sin haber tenido quizá su ideal como las otras, en forma negativa y con amor inconsciente; — y de nuevo se ilumina en el espíritu de la humanidad la esperanza en el Esposo anhelado; cuya imagen, dulce y radiosa como en los versos de marfil de los místicos, basta para mantener la animación y el contento de la vida, aun cuando nunca haya de encarnarse en la realidad.

La juventud, que así significa en el alma de los individuos y la de las generaciones, luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir. — Hubo una vez en que los atributos de la juventud humana se hicieron, más que en ninguna otra, los atributos de un pueblo, los caracteres de una civilización, y en que un soplo de adolescencia encantadora pasó rozando la frente serena de una raza. Cuando Grecia nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible. Grecia es el alma joven. "Aquel que en Delfos contempla la apiñada muchedumbre de los jonios — dice uno de los himnos homéricos — se imagina que ellos no han de envejecer jamás". Grecia hizo grandes cosas porque tuvo, de la juventud, la alegría, que es el ambiente de la acción, y el entusiasmo, que es la palanca omnipotente. El sacerdote egipcio con

quien Solón habló en el templo de Sais decía al legislador ateniense, compadeciendo á los griegos por su volubilidad bulliciosa: *No sois sino unos niños!* Y Michelet ha comparado la actividad del alma helena con un festivo juego á cuyo alrededor se agrupan y sonríen todas las naciones del mundo. Pero de aquel divino juego de niños sobre las playas del Archipiélago y á la sombra de los olivos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana, todos esos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo. Absorto en su austeridad hierática, el país del sacerdote representaba, en tanto, la senectud, que se concentra para ensayar el reposo de la eternidad y aleja, con desdeñosa mano, todo frívolo sueño. La gracia, la inquietud, están proscriptas de las actitudes de su alma, como del gesto de sus imágenes la vida. Y cuando la posteridad vuelve las miradas á él, sólo encuentra una estéril noción del orden presidiendo al desenvolvimiento de una civilización que vivió para tejerse un sudario y para edificar sus sepulcros: la sombra de un compás tendiéndose sobre la esterilidad de la arena.

Las prendas del espíritu joven, — el entusiasmo y la esperanza, — corresponden en las armonías de la historia y la naturaleza, al movimiento y á la luz. — Adondequiera que volváis los ojos, las encontraréis como el ambiente natural de todas las cosas fuertes y

hermosas. Levantadlos al ejemplo más alto: — La idea cristiana, sobre la que aun se hace pesar la acusación de haber entristecido la tierra proscribiendo la alegría del paganismo, es una inspiración esencialmente juvenil mientras no se aleja de su cuna. El cristianismo naciente es en la interpretación — que yo creo tanto más verdadera cuanto más poética — de Renán, un cuadro de juventud inmarcesible. De juventud del alma, ó, lo que es lo mismo, de un vivo sueño, de gracia, de candor, se compone el aroma divino que flota sobre las lentas jornadas del Maestro al través de los campos de Galilea; sobre sus prédicas, que se desenvuelven ajenas á toda penitente gravedad; junto á un lago celeste; en los valles abrumados de frutos; escuchadas por "las aves del cielo" y "los lirios de los campos", con que se adornan las parábolas; propagando la alegría del "reino de Dios" sobre una dulce sonrisa de la Naturaleza. De este cuadro dichoso, están ausentes los ascetas que acompañaban en la soledad las penitencias del Bautista. Cuando Jesús habla de los que á él le siguen, los compara á los paraninfos de un cortejo de bodas. — Y es la impresión de aquel divino contento la que incorporándose á la esencia de la nueva fe, se siente persistir al través de la Odisea de los evangelistas; la que derrama en el espíritu de las primeras comunidades cristianas su felicidad candorosa, su ingenua alegría de vivir; y la que, al llegar á Roma con los ignorados cristianos del Transtevere, les abre fácil paso en los cora-

zones; porque ellos triunfaron oponiendo el encanto de su juventud interior — la de su alma enbalsamada por la libación del vino nuevo — á la severidad de los estoicos y á la decrepitud de los mundanos.

Sed, pues, conscientes poseedores de la fuerza bendita que lleváis dentro de vosotros mismos. No creáis, sin embargo, que ella esté exenta de malograrse y desvanecerse, como un impulso sin objeto, en la realidad. De la Naturaleza es la dádiva del precioso tesoro; pero es de las ideas, que él sea fecundo, ó se prodigue vanamente, ó fraccionado y disperso en las conciencias personales, no se manifieste en la vida de las sociedades humanas como una fuerza bienhechora. — Un escritor sagaz rastreaba, ha poco, en las páginas de la novela de nuestro siglo, — esa inmensa superficie especular donde se refleja toda entera la imagen de la vida en los últimos vertiginosos cien años, — la psicología, los estados de alma de la juventud, tales como ellos han sido en las generaciones que van desde los días de René hasta los que han visto pasar á Des Esseintes. — Su análisis comprobaba una progresiva disminución de *juventud interior* y de energía, en la serie de personajes representativos que se inicia con los héroes, enfermos, pero á menudo viriles y siempre intensos de pasión, de los románticos, y termina con los enervados de voluntad y corazón en quienes se reflejan tan desconsoladoras manifestaciones del espíritu de nuestro tiempo como la del protagonista de *A rebours* ó la del Robert Greslou de

Le Disciple. — Pero comprobaba el análisis, también, un lisonjero renacimiento de animación y de esperanza en la psicología de la juventud de que suele hablarnos una literatura que es quizá nuncio de transformaciones más hondas; renacimiento que personifican los héroes nuevos de Lemaître, de Wizewa, de Rod, y cuya más cumplida representación lo sería tal vez el *David Grieve* con que cierta novelista inglesa contemporánea ha resumido en un solo carácter todas las penas y todas las inquietudes ideales de varias generaciones, para solucionarlas en un supremo desenlace de serenidad y de amor.

¿Madurará en la realidad esa esperanza? — Vosotros, los que vais á pasar, como el obrero en marcha á los talleres que le esperan, bajo el pórtico del nuevo siglo, ¿reflejaréis quizá sobre el arte que os estudie imágenes más luminosas y triunfales que las que han quedado de nosotros? Si los tiempos divinos en que las almas jóvenes daban modelos para los dialoguistas radiantes de Platón sólo fueron posibles en una breve primavera del mundo; si es fuerza "no pensar en los dioses", como aconseja la Forquias del segundo "Fausto" al coro de cautivas; ¿no nos será lícito, á lo menos, soñar con la aparición de generaciones humanas que devuelvan á la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo; en las que sea un poder el sentimiento; en las que una vigorosa resurrección de las energías de la voluntad ahuyente, con heroico clamor, del fondo de las almas,

todas las cobardías morales que se nutren á los pechos de la decepción y de la duda? ¿Será de nuevo la juventud una realidad de la vida colectiva, como lo es de la vida individual?

Tal es la pregunta que me inquieta mirándoos. — Vuestras primeras páginas, las confesiones que nos habéis hecho hasta ahora de vuestro mundo íntimo, hablan de indecisión y de estupor á menudo; nunca de enervación, ni de un definitivo quebranto de la voluntad. Yo sé bien que el entusiasmo es una surgente viva en vosotros. Yo sé bien que las notas de desaliento y de dolor que la absoluta sinceridad del pensamiento — virtud todavía más grande que la esperanza — ha podido hacer brotar de las torturas de vuestra meditación, en las tristes é inevitables citas de la Duda, no eran indicio de un estado de alma permanente ni significaron en ningún caso vuestra desconfianza respecto de la eterna virtualidad de la Vida. Cuando un grito de angustia ha ascendido del fondo de vuestro corazón, no lo habéis sofocado antes de pasar por vuestros labios, con la austera y muda altivez del estoico en el suplicio, pero lo habéis terminado con una invocación al ideal *que vendrá,* con una nota de esperanza mesiánica.

Por lo demás, al hablaros del entusiasmo y la esperanza, como de altas y fecundas virtudes, no es mi propósito enseñaros á trazar la línea infranqueable que separe el escepticismo de la fe, la decepción de la alegría. Nada más lejos de mi ánimo que la idea de con-

fundir con los atributos naturales de la juventud, con la graciosa espontaneidad de su alma, esa indolente frivolidad del pensamiento, que, incapaz de ver más que el motivo de un juego en la actividad, compra el amor y el contento de la vida al precio de su incomunicación con todo lo que pueda hacer detener el paso ante la faz misteriosa y grave de las cosas. — No es ése el noble significado de la juventud individual, ni ése tampoco el de la juventud de los pueblos. — Yo he conceptuado siempre vano el propósito de los que constituyéndose en avizores vigías del destino de América, en custodios de su tranquilidad, quisieran sofocar, con temeroso recelo, antes de que llegase á nosotros, cualquiera resonancia del humano dolor, cualquier eco venido de literaturas extrañas, que, por triste ó insano, ponga en peligro la fragilidad de su optimismo. — Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso ó en la ignorancia voluntaria. Todo problema propuesto al pensamiento humano por la Duda; toda sincera reconvención que sobre Dios ó la Naturaleza se fulmine, del seno del desaliento y el dolor, tienen derecho á que les dejemos llegar á nuestra conciencia y á que los afrontemos. Nuestra fuerza de corazón ha de probarse aceptando el reto de la Esfinge, y no esquivando su interrogación formidable. — No olvidéis, además, que en ciertas amarguras del pensamiento hay, como en sus alegrías, la posibilidad de encontrar un punto de partida para la acción, hay á

menudo sugestiones fecundas. Cuando el dolor enerva; cuando el dolor es la irresistible pendiente que conduce al marasmo ó el consejero pérfido que mueve á la abdicación de la voluntad, la filosofía que le lleva en sus entrañas es cosa indigna de almas jóvenes. Puede entonces el poeta calificarle de "indolente soldado que milita bajo las banderas de la muerte". Pero cuando lo que nace del seno del dolor es el anhelo varonil de la lucha para conquistar ó recobrar el bien que él nos niega, entonces es un acerado acicate de la evolución, es el más poderoso impulso de la vida; no de otro modo que como el hastío, para Helvecio, llega á ser la mayor y más preciosa de todas las prerrogativas humanas, desde el momento en que, impidiendo enervarse nuestra sensibilidad en los adormecimientos del ocio, se convierte en el vigilante estímulo de la acción.

En tal sentido, se ha dicho bien que hay pesimismos que tienen la significación de un *optimismo paradójico.* Muy lejos de suponer la renuncia y la condenación de la existencia, ellos propagan, con su descontento de lo actual, la necesidad de renovarla. Lo que á la humanidad importa salvar contra toda negación pesimista, es, no tanto la idea de la relativa bondad de lo presente, sino la de la posibilidad de llegar á un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de los hombres. La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción

enérgica y de todo propósito fecundo. Tal es la razón por la que he querido comenzar encareciéndoos la inmortal excelencia de esa fe que, siendo en la juventud un instinto, no debe necesitar seros impuesta por ninguna enseñanza, puesto que la encontraréis indefectiblemente dejando actuar en el fondo de vuestro sér la sugestión divina de la Naturaleza.

Animados por ese sentimiento, entrad, pues, á la vida, que os abre sus hondos horizontes, con la noble ambición de hacer sentir vuestra presencia en ella desde el momento en que la afrontéis con la altiva mirada del conquistador. — Toca al espíritu juvenil la iniciativa audaz, la genialidad innovadora. — Quizá universalmente, hoy, la acción y la influencia de la juventud son en la marcha de las sociedades humanas menos efectivas é intensas que debieran ser. Gaston Deschamps lo hacía notar en Francia, hace poco, comentando la iniciación tardía de las jóvenes generaciones, en la vida pública y la cultura de aquel pueblo, y la escasa originalidad con que ellas contribuyen al trazado de las ideas dominantes. Mis impresiones del presente de América, en cuanto ellas pueden tener un carácter general á pesar del doloroso aislamiento en que viven los pueblos que la componen, justificarían acaso una observación parecida. — Y sin embargo, yo creo ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas nuevas; yo creo que América necesita grandemente de su juventud. — He ahí por qué os hablo. He

ahí por qué me interesa extraordinariamente la orientación moral de vuestro espíritu. La energía de vuestra palabra y vuestro ejemplo puede llegar hasta incorporar las fuerzas vivas del pasado á la obra del futuro. Pienso con Michelet que el verdadero concepto de la educación no abarca sólo la cultura del espíritu de los hijos por la experiencia de los padres, sino también, y con frecuencia mucho más, la del espíritu de los padres por la inspiración innovadora de los hijos.

Hablemos, pues, de cómo consideraréis la vida que os espera.



La divergencia de las vocaciones personales imprimirá diversos sentidos á vuestra actividad, y hará predominar una disposición, una aptitud determinada, en el espíritu de cada uno de vosotros. — Los unos seréis hombres de ciencia; los otros seréis hombres de arte; los otros seréis hombres de acción. — Pero por encima de los afectos que hayan de vincularos individualmente á distintas aplicaciones y distintos modos de la vida, debe velar, en lo

íntimo de vuestra alma, la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa. Antes que las modificaciones de profesión y de cultura está el cumplimiento del destino común de los seres racionales. "Hay una profesión universal, que es la de *hombre*", ha dicho admirablemente Guyau. Y Renán, recordando, á propósito de las civilizaciones desequilibradas y parciales, que el fin de la criatura humana no puede ser exclusivamente saber, ni sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente *humana*, define el ideal de perfección á que ella debe encaminar sus energías como la posibilidad de ofrecer en un tipo individual un cuadro abreviado de la especie.

Aspirad, pues, á desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro sér. No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, á pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia á manifestaciones diferentes. Sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores. — Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la inte-

gridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado é ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos, que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido á otras manifestaciones de la vida.

Lo necesario de la consagración particular de cada uno de nosotros á una actividad determinada, á un solo modo de cultura, no excluye, ciertamente, la tendencia á realizar, por la íntima armonía del espíritu, el destino común de los seres racionales. Esa actividad, esa cultura, serán sólo la nota fundamental de la armonía. — El verso célebre en que el esclavo de la escena antigua afirmó que, pues era hombre, no le era ajeno nada de lo humano, forma parte de los gritos que, por su sentido inagotable, resonarán eternamente en la conciencia de la humanidad. Nuestra capacidad de comprender, sólo debe tener por límite la imposibilidad de comprender á los espíritus estrechos. Ser incapaz de ver de la Naturaleza más que una faz; de las ideas é intereses humanos más que uno solo, equivale á vivir envuelto en una sombra de sueño horadada por un solo rayo de luz. La intolerancia, el exclusivismo, que cuando nacen de la tiránica absorción de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósi-

to ideal, pueden merecer justificación, y aun simpatía, se convierten en la más abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas.

Por desdicha, es en los tiempos y las civilizaciones que han alcanzado una completa y refinada cultura donde el peligro de esa limitación de los espíritus tiene una importancia más real y conduce á resultados más temibles. Quiere, en efecto, la ley de evolución, manifestándose en la sociedad como en la naturaleza por una creciente tendencia á la heterogeneidad, que, á medida que la cultura general de las sociedades avanza, se limite correlativamente la extensión de las aptitudes individuales y haya de ceñirse el campo de acción de cada uno á una especialidad más restringida. Sin dejar de constituir una condición necesaria de progreso, ese desenvolvimiento del espíritu de especialización trae consigo desventajas visibles, que no se limitan á estrechar el horizonte de cada inteligencia, falseando necesariamente su concepto del mundo, sino que alcanzan y perjudican, por la dispersión de las afecciones y los hábitos individuales, al sentimiento de la solidaridad. — Augusto Comte ha señalado bien este peligro de las civilizaciones avanzadas. Un alto estado de perfeccionamiento social tiene para él un grave inconveniente en la facilidad con que suscita la aparición de espíritus deformados y estrechos; de espíritus "muy

capaces bajo un aspecto único y monstruosamente ineptos bajo todos los otros". El empequeñecimiento de un cerebro humano por el comercio continuo de un solo género de ideas, por el ejercicio indefinido de un solo modo de actividad, es para Comte un resultado comparable á la mísera suerte del obrero á quien la división del trabajo de taller obliga á consumir en la invariable operación de un detalle mecánico todas las energías de su vida. En uno y otro caso, el efecto moral es inspirar una desastrosa indiferencia por el aspecto general de los intereses de la humanidad. Y aunque esta especie de automatismo humano — agrega el pensador positivista — no constituye felizmente sino la extrema influencia dispersiva del principio de especialización, su realidad, ya muy frecuente, exige que se atribuya á su apreciación una verdadera importancia (1).

No menos que á la solidez, daña esa influencia dispersiva á la *estética* de la estructura social. — La belleza incomparable de Atenas, lo imperecedero del modelo legado por sus manos de diosa á la admiración y el encanto de la humanidad, nacen de que aquella ciudad de prodigios fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir á la gloria y al poder de los hombres. Atenas supo engrandecer á la vez el sentido de lo ideal

---

(1) A. Comte: *Cours de philosophie positive*, t. IV, p. 430, 2ª edición.

y el de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. Cinceló las cuatro faces del alma. Cada ateniense libre describe en derredor de sí, para contener su acción, un círculo perfecto, en el que ningún desordenado impulso quebrantará la graciosa proporción de la línea. Es atleta y escultura viviente en el gimnasio, ciudadano en el Pnix, polemista y pensador en los pórticos. Ejercita su voluntad en toda suerte de acción viril y su pensamiento en toda preocupación fecunda. Por eso afirma Macaulay que un día de la vida pública del Atica es más brillante programa de enseñanza que los que hoy calculamos para nuestros modernos centros de instrucción. — Y de aquel libre y único florecimiento de la plenitud de nuestra naturaleza, surgió el *milagro griego,* — una inimitable y encantadora mezcla de animación y de serenidad, una primavera del espíritu humano, una sonrisa de la historia.

En nuestros tiempos, la creciente complejidad de nuestra civilización privaría de toda seriedad al pensamiento de restaurar esa armonía, sólo posible entre los elementos de una graciosa sencillez. Pero dentro de la misma complejidad de nuestra cultura; dentro de la diferenciación progresiva de caracteres, de aptitudes, de méritos, que es la ineludible consecuencia del progreso en el desenvolvimiento social, cabe salvar una razonable participación de todos en ciertas ideas y sentimientos fundamentales que mantengan la unidad y

el concierto de la vida, — en ciertos *intereses del alma,* ante los cuales la dignidad del sér racional no consiente la indiferencia de ninguno de nosotros.

Cuando el sentido de la utilidad material y el bienestar, domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo presente, los resultados del espíritu estrecho y la cultura unilateral son particularmente funestos á la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de su vida, se convierten en una remota, y quizá no sospechada, región, para una inmensa parte de los otros. — Todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima, en la que los diarios afanes por la utilidad cedan transitoriamente su imperio á una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas, permanece ignorado, en el estado actual de las sociedades humanas, para millones de almas civilizadas y cultas, á quienes la influencia de la educación ó la costumbre reduce al automatismo de una actividad, en definitiva, material. — Y bien: este género de servidumbre debe considerarse la más triste y oprobiosa de todas las condenaciones morales. Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único é interesado. — No entreguéis nunca á la utilidad ó á la pasión, sino una parte de vosotros. Aun dentro de la

esclavitud material, hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar, por la absorción del trabajo ó el combate, la esclavitud de vuestro espíritu.

Encuentro el símbolo de lo que debe ser nuestra alma en un cuento que evoco de un empolvado rincón de mi memoria. — Era un rey patriarcal, en el Oriente indeterminado é ingenuo donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos. Vivía su reino la candorosa infancia de las tiendas de Ismael y los palacios de Pilos. La tradición le llamó después, en la memoria de los hombres, el rey hospitalario. Inmensa era la piedad del rey. A desvanecerse en ella tendía, como por su propio peso, toda desventura. A su hospitalidad acudían lo mismo por blanco pan el miserable que el alma desolada por el bálsamo de la palabra que acaricia. Su corazón reflejaba, como sensible placa sonora, el ritmo de los otros. Su palacio era la casa del pueblo. — Todo era libertad y animación dentro de este augusto recinto, cuya entrada nunca hubo guardas que vedasen. En los abiertos pórticos, formaban corro los pastores cuando consagraban á rústicos conciertos sus ocios; platicaban al caer la tarde los ancianos; y frescos grupos de mujeres disponían, sobre trenzados juncos, las flores y los racimos de que se componía únicamente el diezmo real. Mercaderes de Ofir, buhoneros de Damasco, cruzaban á toda hora las puertas anchurosas, y ostentaban en competencia, ante las mi-

radas del rey, las telas, las joyas, los perfumes. Junto á su trono reposaban los abrumados peregrinos. Los pájaros se citaban al mediodía para recoger las migajas de su mesa; y con el alba, los niños llegaban en bandas bulliciosas al pie del lecho en que dormía el rey de barba de plata y le anunciaban la presencia del sol. — Lo mismo á los seres sin ventura que á las cosas sin alma alcanzaba su liberalidad infinita. La Naturaleza sentía también la atracción de su llamado generoso; vientos, aves y plantas parecían buscar, — como en el mito de Orfeo y en la leyenda de San Francisco de Asís, — la amistad humana en aquel oasis de hospitalidad. Del germen caído al acaso, brotaban y florecían, en las junturas de los pavimentos y los muros, los alhelíes de las ruinas, sin que una mano cruel los arrancase ni los hollara un pie maligno. Por las francas ventanas se tendían al interior de las cámaras del rey las enredaderas osadas y curiosas. Los fatigados vientos abandonaban largamente sobre el alcázar real su carga de aromas y armonías. Empinándose desde el vecino mar, como si quisieran ceñirle en un abrazo, le salpicaban las olas con su espuma. Y una libertad paradisial, una inmensa reciprocidad de confianzas, mantenían por dondequiera la animación de una fiesta inextinguible...

Pero dentro, muy dentro; aislada del alcázar ruidoso por cubiertos canales; oculta á la mirada vulgar — como la "perdida iglesia" de Uhland en lo esquivo del bosque — al cabo de ignorados senderos, una mis-

teriosa sala se extendía, en la que á nadie era lícito poner la planta, sino al mismo rey, cuya hospitalidad se trocaba en sus umbrales en la apariencia de ascético egoísmo. Espesos muros la rodeaban. Ni un eco del bullicio exterior; ni una nota escapada al concierto de la Naturaleza, ni una palabra desprendida de los labios de los hombres, lograban traspasar el espesor de los sillares de pórfido y conmover una onda del aire en la prohibida estancia. Religioso silencio velaba en ella la castidad del aire dormido. La luz, que tamizaban esmaltadas vidrieras, llegaba lánguida, medido el paso por una inalterable igualdad, y se diluía, como copo de nieve que invade un nido tibio, en la calma de un ambiente celeste. — Nunca reinó tan honda paz; ni en oceánica gruta, ni en soledad nemorosa. — Alguna vez, — cuando la noche era diáfana y tranquila, — abriéndose á modo de dos valvas de nácar la artesonada techumbre, dejaba cernerse en su lugar la magnificencia de las sombras serenas. En el ambiente flotaba como una onda indisipable la casta esencia del nenúfar, el perfume sugeridor del adormecimiento penseroso y de la contemplación del propio sér. Graves cariátides custodiaban las puertas de marfil en la actitud del silenciario. En los testeros, esculpidas imágenes hablaban de idealidad, de ensimismamiento, de reposo. . . — Y el viejo rey aseguraba que, aun cuando á nadie fuera dado acompañarle hasta allí, su hospitalidad se-

guía siendo en el misterioso seguro tan generosa y grande como siempre, sólo que los que él congregaba dentro de sus muros discretos eran convidados impalpables y huéspedes sutiles. En él soñaba, en él se libertaba de la realidad, el rey legendario; en él sus miradas se volvían á lo interior y se bruñían en la meditación sus pensamientos como las guijas lavadas por la espuma; en él se desplegaban sobre su noble frente las blancas alas de Psiquis... Y luego, cuando la muerte vino á recordarle que él no había sido sino un huésped más en su palacio, la impenetrable estancia quedó clausurada y muda para siempre; para siempre abismada en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar solo con sus sueños y aislado en la última Thule de su alma.

Yo doy al cuento el escenario de vuestro reino interior. Abierto con una saludable liberalidad, como la casa del monarca confiado, á todas las corrientes del mundo, exista en él, al mismo tiempo, la celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos y que á nadie más que á la razón serena pertenezca. Sólo cuando penetréis dentro del inviolable seguro podréis llamaros, en realidad, hombres libres. No lo son quienes, enajenando insensatamente el dominio de sí á favor de la desordenada pasión ó el interés utilitario, olvidan que, según el sabio precepto de Mon-

taigne, nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero no de cesión. — Pensar, soñar, admirar: he ahí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda. Los antiguos los clasificaban dentro de su noble inteligencia del *ocio*, que ellos tenían por el más elevado empleo de una existencia verdaderamente racional, identificándolo con la libertad del pensamiento emancipado de todo innoble yugo. El ocio noble era la inversión del tiempo que oponían, como expresión de la vida superior, á la actividad económica. Vinculando exclusivamente á esa alta y aristocrática idea del reposo su concepción de la dignidad de la vida, el espíritu clásico encuentra su corrección y su complemento en nuestra moderna creencia en la dignidad del trabajo útil; y entrambas atenciones del alma pueden componer, en la existencia individual, un ritmo, sobre cuyo mantenimiento necesario nunca será inoportuno insistir. — La escuela estoica, que iluminó el ocaso de la antigüedad como por un anticipado resplandor del cristianismo, nos ha legado una sencilla y conmovedora imagen de la salvación de la libertad interior, aun en medio á los rigores de la servidumbre, en la hermosa figura de Cleanto; de aquel Cleanto que, obligado á emplear la fuerza de sus brazos de atleta en sumergir el cubo de una fuente y mover la piedra de un molino, concedía á la meditación las treguas del quehacer miserable y trazaba, con encallecida mano, sobre las piedras del camino, las

máximas oídas de labios de Zenón. Toda educación racional, todo perfecto cultivo de nuestra naturaleza, tomarán por punto de partida la posibilidad de estimular en cada uno de nosotros, la doble actividad que simboliza Cleanto.

Una vez más: el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, vuestro lema en la vida, deben ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás sobre esa finalidad suprema. Ninguna fuerza aislada puede satisfacer los fines racionales de la existencia individual, como no puede producir el ordenado concierto de la existencia colectiva. Así como la deformidad y el empequeñecimiento son, en el alma de los individuos, el resultado de un exclusivo objeto impuesto á la acción y un solo modo de cultura, la falsedad de lo artificial vuelve efímera la gloria de las sociedades que han sacrificado el libre desarrollo de su sensibilidad y su pensamiento, ya á la actividad mercantil, como en Fenicia; ya á la guerra, como en Esparta; ya al misticismo, como en el terror del milenario; ya á la vida de sociedad y de salón, como en la Francia del siglo XVIII. — Y preservándoos contra toda mutilación de vuestra naturaleza moral; aspirando á la armoniosa expansión de vuestro sér en todo noble sentido; pensad al mismo tiempo en que la más fácil y frecuente de las mutilaciones es, en el carácter actual de las sociedades

humanas, la que obliga al alma á privarse de ese género de *vida interior,* donde tienen su ambiente propio todas las cosas delicadas y nobles que, á la intemperie de la realidad, quema el aliento de la pasión impura y el interés utilitario proscribe: la vida de que son parte la meditación desinteresada, la contemplación ideal, el *ocio* antiguo, la impenetrable estancia de mi cuento!



Así como el primer impulso de la profanación será dirigirse á lo más sagrado del santuario, la regresión vulgarizadora contra la que os prevengo comenzará por sacrificar lo más delicado del espíritu. — De todos los elementos superiores de la existencia racional, es el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas, el que más fácilmente marchita la aridez de la vida limitada á la invariable descripción del

círculo vulgar, convirtiéndole en el atributo de una minoría que lo custodia, dentro de cada sociedad humana, como el depósito de un precioso abandono. La emoción de belleza es al sentimiento de las idealidades como el esmalte del anillo. El efecto del contacto brutal por ella empieza fatalmente, y es sobre ella como obra de modo más seguro. Una absoluta indiferencia llega á ser, así, el carácter normal, con relación á lo que debiera ser universal amor de las almas. No es más intensa la estupefacción del hombre salvaje en presencia de los instrumentos y las formas materiales de la civilización, que la que experimenta un número relativamente grande de hombres cultos frente á los actos en que se revele el propósito y el hábito de conceder una seria realidad á la relación hermosa de la vida.

El argumento del apóstol traidor ante el vaso de nardo derramado inútilmente sobre la cabeza del Maestro, es, todavía, una de las fórmulas del sentido común. La superfluidad del arte no vale para la masa anónima los trescientos denarios. Si acaso la respeta, es como á un culto esotérico. Y sin embargo, entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir á formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno justificaría más que el arte un interés universal, porque ninguno encierra, — según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller, — la virtualidad de una cultura más *extensa* y completa, en el sentido de

prestarse á un acordado estímulo de todas las facultades del alma.

Aunque el amor y la admiración de la belleza no respondiesen á una noble espontaneidad del sér racional y no tuvieran, con ello, suficiente valor para ser cultivados por sí mismos, sería un motivo superior de moralidad el que autorizaría á proponer la cultura de los sentimientos estéticos, como un alto interés de todos. — Si á nadie es dado renunciar á la educación del sentimiento moral, este deber trae implícito el de disponer el alma para la clara visión de la belleza. Considerad al educado sentido de lo bello el colaborador más eficaz en la formación de un delicado instinto de justicia. La dignificación, el ennoblecimiento interior, no tendrán nunca artífice más adecuado. Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirle como una imposición, le sienta estéticamente como una armonía. Nunca ella será más plenamente buena, que cuando sepa, en las formas con que se manifieste activamente su virtud, respetar en los demás el sentimiento de lo hermoso.

Cierto es que la santidad del bien purifica y ensalza todas las groseras apariencias. Puede él indudablemente realizar su obra sin darle el prestigio exterior de la hermosura. Puede el amor caritativo llegar á la sublimidad con medios toscos, desapacibles y vulgares. Pero no es sólo más hermosa, sino mayor, la cari-

dad que anhela transmitirse en las formas de lo delicado y lo selecto; porque ella añade á sus dones un beneficio más, una dulce á inefable caricia que no se substituye con nada y que realza el bien que se concede, como un toque de luz.

Dar á sentir lo hermoso es obra de misericordia. Aquellos que exigirían que el bien y la verdad se manifestasen invariablemente en formas adustas y severas, me han parecido siempre amigos traidores del bien y la verdad. La virtud es también un género de arte, un arte divino; ella sonríe maternalmente á las Gracias. — La enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber, como la de la más seria realidad, debe tender á hacerla concebir al mismo tiempo como la más alta poesía. — Guyau, que es rey en las comparaciones hermosas, se vale de una insubstituíble para expresar este doble objeto de la cultura moral. Recuerda el pensador los esculpidos respaldos del coro de una gótica iglesia, en los que la madera labrada bajo la inspiración de la fe, presenta, en una faz, escenas de una vida de santo, y en la otra faz, ornamentales círculos de flores. Por tal manera, á cada gesto del santo, significativo de su piedad ó su martirio; á cada rasgo de su fisonomía ó su actitud, corresponde, del opuesto lado, una corola ó un pétalo. Para acompañar la representación simbólica del bien, brotan, ya un lirio, ya una rosa. Piensa Guyau que no de otro modo debe estar esculpida nuestra alma; y él mismo, el dulce maestro, ¿no es por la evangélica

hermosura de su genio de apóstol, un ejemplo de esa viva armonía?

Yo creo indudable que el que ha aprendido á distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno. No es, por cierto, el buen gusto, como querría cierto liviano *dilettantismo* moral, el único criterio para apreciar la legitimidad de las acciones humanas; pero menos debe considerársele, con el criterio de un estrecho ascetismo, una tentación del error y una sirte engañosa. No le señalaremos nosotros como la senda misma del bien; sí como un camino paralelo y cercano que mantiene muy aproximados á ella el paso y la mirada del viajero. A medida que la humanidad avance, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta. Se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará lo bueno como el placer de una armonía. Cuando la severidad estoica de Kant inspira, simbolizando el espíritu de su ética, las austeras palabras: "Dormía, y soñé que la vida era belleza; desperté, y advertí que ella es deber", desconoce que, si el deber es la realidad suprema, en ella puede hallar realidad el objeto de su sueño, porque la conciencia del deber le dará, con la visión clara de lo bueno, la complacencia de lo hermoso.

En el alma del redentor, del misionero, del filántropo, debe exigirse también *entendimiento de hermosura,* hay necesidad de que colaboren ciertos elementos

del genio del artista. Es inmensa la parte que corresponde al dón de descubrir y revelar la íntima belleza de las ideas, en la eficacia de las grandes revoluciones morales. Hablando de la más alta de todas, ha podido decir Renán profundamente que "la poesía del precepto, que le hace amar, significa más que el precepto mismo, tomado como verdad abstracta". La originalidad de la obra de Jesús no está, efectivamente, en la acepción literal de su doctrina, — puesto que ella puede reconstituirse toda entera sin salir de la moral de la Sinagoga, buscándola desde el Deuteronomio hasta el Talmud, — sino en haber hecho sensible, con su prédica, la poesía del precepto, es decir, su belleza íntima.

Pálida gloria será la de las épocas y las comuniones que menosprecien esa relación estética de su vida ó de su propaganda. El ascetismo cristiano, que no supo encarar más que una sola faz del ideal, excluyó de su concepto de la perfección todo lo que hace á la vida amable, delicada y hermosa; y su espíritu estrecho sirvió para que el instinto indomable de la libertad, volviendo en una de esas arrebatadas reacciones del espíritu humano, engendrase, en la Italia del Renacimiento, un tipo de civilización que consideró vanidad el bien moral y sólo creyó en la virtud de la apariencia fuerte y graciosa. El puritanismo, que persiguió toda belleza y toda selección intelectual; que veló indignado la casta desnudez de las estatuas; que profesó la afectación de la fealdad en las maneras, en el traje, en los

discursos; la secta triste que, imponiendo su espíritu desde el Parlamento inglés, mandó extinguir las fiestas que manifestasen alegría y segar los árboles que diesen flores, — tendió junto á la virtud, al divorciarla del sentimiento de lo bello, una sombra de muerte que aun no ha conjurado enteramente Inglaterra, y que dura en las menos amables manifestaciones de su religiosidad y sus costumbres. — Macaulay declara preferir la grosera "caja de plomo" en que los puritanos guardan el tesoro de la libertad, al primoroso cofre esculpido en que la corte de Carlos II hizo acopio de sus refinamientos. Pero como ni la libertad ni la virtud necesitan guardarse en caja de plomo, mucho más que todas las severidades de ascetas y de puritanos, valdrán siempre, para la educación de la humanidad, la gracia del ideal antiguo, la moral armoniosa de Platón, el movimiento pulcro y elegante con que la mano de Atenas tomó, para llevarla á los labios, la copa de la vida.

La perfección de la moralidad humana consistiría en infiltrar el espíritu de la caridad en los moldes de la elegancia griega. Y esta suave armonía ha tenido en el mundo una pasajera realización. Cuando la palabra del cristianismo naciente llegaba con San Pablo al seno de las colonias griegas de Macedonia, á Tesalónica y Filipos, y el Evangelio, aun puro, se difundía en el alma de aquellas sociedades finas y espirituales, en las que el sello de la cultura helénica mantenía una encantadora espontaneidad de distinción, pudo creerse que los

dos ideales más altos de la historia iban á enlazarse para siempre. En el estilo epistolar de San Pablo queda la huella de aquel momento en que la caridad se heleniza. Este dulce consorcio duró poco. La armonía y la serenidad de la concepción pagana de la vida se apartaron cada vez más de la idea nueva que marchaba entonces á la conquista del mundo. Pero para concebir la manera cómo podría señalarse al perfeccionamiento moral de la humanidad un paso adelante, sería necesario soñar que el ideal cristiano se reconcilia de nuevo con la serena y luminosa alegría de la antigüedad; imaginarse que el Evangelio se propaga otra vez en Tesalónica y Filipos.

Cultivar el buen gusto no significa sólo perfeccionar una forma exterior de la cultura, desenvolver una actitud artística, cuidar, con exquisitez superflua, una elegancia de la civilización. El buen gusto es "una rienda firme del criterio". Martha ha podido atribuirle exactamente la significación de una segunda conciencia que nos orienta y nos devuelve á la luz cuando la primera se obscurece y vacila. El sentido delicado de la belleza es, para Bagehot, un aliado del tacto seguro de la vida y de la dignidad de las costumbres. "La educación del buen gusto — agrega el sabio pensador — se dirige á favorecer el ejercicio del buen sentido, que es nuestro principal punto de apoyo en la complejidad de la vida civilizada". Si algunas veces veis unida esa educación, en el espíritu de los individuos y las sociedades,

al extravío del sentimiento ó la moralidad, es porque en tales casos ha sido cultivada como fuerza aislada y exclusiva, imposibilitándose de ese modo el efecto de perfeccionamiento moral que ella puede ejercer dentro de un orden de cultura en el que ninguna facultad del espíritu sea desenvuelta prescindiendo de su relación con las otras. — En el alma que haya sido objeto de una estimulación armónica y perfecta, la gracia íntima y la delicadeza del sentimiento de lo bello serán una misma cosa con la fuerza y la rectitud de la razón. No de otra manera observa Taine que, en las grandes obras de la arquitectura antigua, la belleza es una manifestación sensible de la solidez, la elegancia se identifica con la apariencia de la fuerza: "las mismas líneas del Partenón que halagan á la mirada con proporciones armoniosas, contentan á la inteligencia con promesas de eternidad".

Hay una relación orgánica, una natural y estrecha simpatía, que vincula á las subversiones del sentimiento y de la voluntad con las falsedades y las violencias del mal gusto. Si nos fuera dado penetrar en el misterioso laboratorio de las almas y se reconstruyera la historia íntima de las del pasado para encontrar la fórmula de sus definitivos caracteres morales, sería un interesante objeto de estudio determinar la parte que corresponde, entre los factores de la refinada perversidad de Nerón, al germen de histrionismo monstruoso depositado en el alma de aquel cómico sangriento por la retórica afec-

tada de Séneca. Cuando se evoca la oratoria de la Convención, y el hábito de una abominable perversión retórica se ve aparecer por todas partes, como la piel felina del jacobinismo, es imposible dejar de relacionar, como los radios que parten de un mismo centro, como los accidentes de una misma insania, el extravío del gusto, el vértigo del sentido moral, y la limitación fanática de la razón.

Indudablemente, ninguno más seguro entre los resultados de la estética que el que nos enseña á distinguir en la esfera de lo relativo, lo bueno y lo verdadero, de lo hermoso, y á aceptar la posibilidad de una belleza del mal y del error. Pero no se necesita desconocer esta verdad, *definitivamente* verdadera, para creer en el encadenamiento simpático de todos aquellos altos fines del alma, y considerar á cada uno de ellos como el punto de partida, no único, pero sí más seguro, de donde sea posible dirigirse al encuentro de los otros.

La idea de un superior acuerdo entre el buen gusto y el sentido moral es, pues, exacta, lo mismo en el espíritu de los individuos que en el espíritu de las sociedades. Por lo que respecta á estas últimas, esa relación podría tener su símbolo en la que Rosenkranz afirmaba existir entre la libertad y el orden moral, por una parte, y por la otra la belleza de las formas humanas como un resultado del desarrollo de las razas en el tiempo. Esa belleza típica refleja, para el pensador hegeliano, el efecto ennoblecedor de la libertad; la es-

clavitud afea al mismo tiempo que envilece; la conciencia de su armonioso desenvolvimiento imprime á las razas libres el sello exterior de la hermosura.

En el carácter de los pueblos, los dones derivados de un gusto fino, el dominio de las formas graciosas, la delicada aptitud de interesar, la virtud de hacer amables las ideas, se identifican, además, con el "genio de la propaganda", — es decir: con el dón poderoso de la universalidad. Bien sabido es que, en mucha parte, á la posesión de aquellos atributos escogidos, debe referirse la significación *humana* que el espíritu francés acierta á comunicar á cuanto elige y consagra. — Las ideas adquieren alas potentes y veloces, no en el helado seno de la abstracción, sino en el luminoso y cálido ambiente de la forma. Su superioridad de difusión, su prevalencia á veces, dependen de que las Gracias las hayan bañado con su luz. Tal así, en las evoluciones de la vida, esas encantadoras exterioridades de la naturaleza, que parecen representar, exclusivamente, la dádiva de una caprichosa superfluidad, — la música, el pintado plumaje, de las aves; y como reclamo para el insecto propagador del polen fecundo, el matiz de las flores, su perfume, — han desempeñado, entre los elementos de la concurrencia vital, una función realísima; puesto que significando una superioridad de motivos, una razón de preferencia, para las atracciones del amor, han hecho prevalecer, dentro de cada espe-

cie, á los seres mejor dotados de hermosura sobre los menos ventajosamente dotados.

Para un espíritu en que exista el amor instintivo de lo bello, hay, sin duda, cierto género de mortificación, en resignarse á defenderle por medio de una serie de argumentos que se funden en otra razón, en otro principio, que el mismo irresponsable y desinteresado amor de la belleza, en la que halla su satisfacción uno de los impulsos fundamentales de la existencia racional. Infortunadamente, este motivo superior pierde su imperio sobre un inmenso número de hombres, á quienes es necesario enseñar el respeto debido á ese amor del cual no participan, revelándoles cuáles son las relaciones que lo vinculan á otros géneros de intereses humanos. — Para ello, deberá lucharse muy á menudo con el concepto vulgar de estas relaciones. En efecto: todo lo que tienda á suavizar los contornos del carácter social y las costumbres; á aguzar el sentido de la belleza; á hacer del gusto una delicada impresionabilidad del espíritu y de la gracia una forma universal de la actividad, equivale, para el criterio de muchos devotos de lo severo ó de lo útil, á menoscabar el temple varonil y heroico de las sociedades, por una parte, su capacidad utilitaria y positiva, por la otra. — He leído en *Los trabajadores del mar,* que, cuando un buque de vapor surcó por primera vez las ondas del canal de la Mancha, los campesinos de Jérsey lo anatematizaban en nombre de una tradición popular que consideraba

elementos irreconciliables y destinados fatídicamente á la discordia, el agua y el fuego. — El criterio común abunda en la creencia de enemistades parecidas. — Si os proponéis vulgarizar el respeto por lo hermoso, empezad por hacer comprender la posibilidad de un armónico concierto de todas las legítimas actividades humanas, y ésa será más fácil tarea que la de convertir directamente el amor de la hermosura, por ella misma, en atributo de la multitud. Para que la mayoría de los hombres no se sientan inclinados á *expulsar á las golondrinas de la casa,* siguiendo el consejo de Pitágoras, es necesario argumentarles, no con la gracia monástica del ave ni su leyenda de virtud, sino con que la permanencia de sus nidos no es en manera alguna inconciliable con la seguridad de los tejados!



A la concepción de la vida racional que se funda en el libre y armonioso desenvolvimiento de nuestra naturaleza, é incluye, por lo tanto, entre sus fines esenciales, el que se satisface con la contemplación sentida de lo hermoso, se opone — como norma de la conducta humana — la concepción *utilitaria,* por la cual nuestra actividad, toda entera, se orienta en relación á la inmediata finalidad del interés.

La inculpación de utilitarismo estrecho que suele dirigirse al espíritu de nuestro siglo, en nombre del ideal, y con rigores de anatema, se funda, en parte, sobre el desconocimiento de que sus titánicos esfuerzos por la subordinación de las fuerzas de la naturaleza á la voluntad humana y por la extensión del bienestar material, son un trabajo necesario que preparará, como el laborioso enriquecimiento de una tierra agotada, la florescencia de idealismos futuros. La transitoria predominancia de esa función de utilidad que ha absorbido á la vida agitada y febril de estos cien años sus más potentes energías, explica, sin embargo — ya que no las justifique, — muchas nostalgias dolorosas, muchos descontentos y agravios de la inteligencia, que se traducen, bien por una melancólica y exaltada idealización de lo pasado, bien por una desesperanza cruel del porvenir. Hay, por ello, un fecundísimo, un bienaventurado pensamiento, en el propósito de cierto grupo de pensadores de las últimas generaciones, — entre los cuales sólo quiero citar una vez más la noble figura de Guyau, — que han intentado sellar la reconciliación definitiva de las conquistas del siglo con la renovación de muchas viejas devociones humanas, y que han invertido en esa obra bendita tantos tesoros de amor como de genio.

Con frecuencia habréis oído atribuir á dos causas fundamentales el desborde del espíritu de utilidad que da su nota á la fisonomía moral del siglo presente, con

menoscabo de la consideración *estética* y desinteresada de la vida. Las revelaciones de la ciencia de la naturaleza — que, según intérpretes, ya adversos, ya favorables á ellas, convergen á destruir toda idealidad por su base, — son la una; la universal difusión y el triunfo de las ideas democráticas, la otra. Yo me propongo hablaros exclusivamente de esta última causa; porque confío en que vuestra primera iniciación en las revelaciones de la ciencia ha sido dirigida como para preservaros del peligro de una interpretación vulgar. — Sobre la democracia pesa la acusación de guiar á la humanidad, mediocrizándola, á un Sacro Imperio del utilitarismo. La acusación se refleja con vibrante intensidad en las páginas — para mí siempre llenas de un sugestivo encanto — del más amable entre los maestros del espíritu moderno: en las seductoras páginas de Renán, á cuya autoridad ya me habéis oído varias veces referirme y de quien pienso volver á hablaros á menudo. — Leed á Renán, aquellos de vosotros que lo ignoréis todavía, y habréis de amarle como yo. — Nadie como él me parece, entre los modernos, dueño de ese arte de "enseñar con gracia", que Anatole France considera divino. Nadie ha acertado como él á hermanar, con la ironía, la piedad. Aun en el rigor del análisis, sabe poner la unción del sacerdote. Aun cuando enseña á dudar, su suavidad exquisita tiende una onda balsámica sobre la duda. Sus pensamientos suelen dilatarse, dentro de nuestra alma, con ecos tan inefables y

tan vagos, que hacen pensar en una religiosa música de ideas. Por su infinita comprensibilidad ideal, acostumbran las clasificaciones de la crítica personificar en él el alegre escepticismo de los *dilettanti* que convierten en traje de máscara la capa del filósofo; pero si alguna vez intimáis dentro de su espíritu, veréis que la tolerancia vulgar de los escépticos se distingue de su tolerancia como la hospitalidad galante de un salón del verdadero sentimiento de la caridad.

Piensa, pues, el maestro, que una alta preocupación por los *intereses ideales* de la especie es opuesta del todo al espíritu de la democracia. Piensa que la concepción de la vida, en una sociedad donde ese espíritu domine, se ajustará progresivamente á la exclusiva persecución del bienestar material como beneficio propagable al mayor número de personas. Según él, siendo la democracia la entronización de Calibán, Ariel no puede menos que ser el vencido de ese triunfo. — Abundan afirmaciones semejantes á éstas de Renán, en la palabra de muchos de los más caracterizados representantes que los intereses de la cultura estética y la selección del espíritu tienen en el pensamiento contemporáneo. Así, Bourget se inclina á creer que el triunfo universal de las instituciones democráticas hará perder á la civilización en profundidad lo que la hace ganar en extensión. Ve su forzoso término en el imperio de un individualismo mediocre. "Quien dice democracia — agrega el sagaz autor de *Andrés Cornelis* — dice

desenvolvimiento progresivo de las tendencias individuales y disminución de la cultura". — Hay en la cuestión que plantean estos juicios severos, un interés vivísimo, para los que amamos — al mismo tiempo — por convencimiento, la obra de la Revolución, que en nuestra América se enlaza además con las glorias de su Génesis; y por instinto, la posibilidad de una noble y selecta vida espiritual que en ningún caso haya de ver sacrificada su serenidad augusta á los caprichos de la multitud. — Para afrontar el problema, es necesario empezar por reconocer que cuando la democracia no enaltece su espíritu por la influencia de una fuerte preocupación ideal que comparta su imperio con la preocupación de los intereses materiales, ella conduce fatalmente á la privanza de la mediocridad, y carece, más que ningún otro régimen, de eficaces barreras con las cuales asegurar dentro de un ambiente adecuado la inviolabilidad de la alta cultura. Abandonada á sí misma, — sin la constante rectificación de una activa autoridad moral que la depure y encauce sus tendencias en el sentido de la dignificación de la vida, — la democracia extinguirá gradualmente toda idea de superioridad que no se traduzca en una mayor y más osada aptitud para las luchas del interés, que son entonces la forma más innoble de las brutalidades de la fuerza. — La selección espiritual, el enaltecimiento de la vida por la presencia de estímulos desinteresados, el gusto, el arte, la suavidad de las costumbres, el sentimiento de

admiración por todo perseverante propósito ideal y de acatamiento á toda noble supremacía, serán como debilidades indefensas allí donde la igualdad social que ha destruído las jerarquías imperativas é infundadas, no las substituya con otras, que tengan en la influencia moral su único modo de dominio y su principio en una clasificación racional.

Toda igualdad de condiciones es en el orden de las sociedades, como toda homogeneidad en el de la Naturaleza, un equilibrio instable. Desde el momento en que haya realizado la democracia su obra de negación con el allanamiento de las superioridades injustas, la igualdad conquistada no puede significar para ella sino un punto de partida. Resta la afirmación. Y lo afirmativo de la democracia y su gloria consistirán en suscitar, por eficaces estímulos, en su seno, la revelación y el dominio de las *verdaderas* superioridades humanas.

Con relación á las condiciones de la vida de América, adquiere esta necesidad de precisar el verdadero concepto de nuestro régimen social, un doble imperio. El presuroso crecimiento de nuestras democracias por la incesante agregación de una enorme multitud cosmopolita; por la afluencia inmigratoria, que se incorpora á un núcleo aun débil para verificar un activo trabajo de asimilación y encauzar el torrente humano con los medios que ofrecen la solidez secular de la estructura social, el orden político seguro y los elemen-

tos de una cultura que haya arraigado íntimamente, — nos expone en el porvenir á los peligros de la degeneración democrática, que ahoga bajo la fuerza ciega del número toda noción de calidad; que desvanece en la conciencia de las sociedades todo justo sentimiento del orden; y que, librando su ordenación jerárquica á la torpeza del acaso, conduce forzosamente á hacer triunfar las más injustificadas é innobles de las supremacías.

Es indudable que nuestro interés egoísta debería llevarnos, — á falta de virtud, — á ser hospitalarios. Ha tiempo que la suprema necesidad de colmar el vacío moral del desierto, hizo decir á un publicista ilustre que, en América, *gobernar es poblar.* — Pero esta fórmula famosa encierra una verdad contra cuya estrecha interpretación es necesario prevenirse, porque conduciría á atribuir una incondicional eficacia civilizadora al valor cuantitativo de la muchedumbre. — Gobernar es poblar, asimilando, en primer término; educando y seleccionando, después. — Si la aparición y el florecimiento, en la sociedad, de las más elevadas actividades humanas, de las que determinan la alta cultura, requieren como condición indispensable la existencia de una población cuantiosa y densa, es precisamente porque esa importancia cuantitativa de la población, dando lugar á la más compleja división del trabajo, posibilita la formación de fuertes elementos dirigentes que hagan efectivo el dominio de la *calidad* sobre el

número. — La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie ó de civilización según carezca ó no del coeficiente de una alta dirección moral. Hay una verdad profunda en el fondo de la paradoja de Émerson que exige que cada país del globo sea juzgado según la minoría y no según la mayoría de sus habitantes. La civilización de un pueblo adquiere su carácter, no de las manifestaciones de su prosperidad ó de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y de sentir que dentro de ella son posibles; y ya observaba Comte, para mostrar cómo en cuestiones de intelectualidad, de moralidad, de sentimiento, sería insensato pretender que la calidad pueda ser substituída en ningún caso por el número, que ni de la acumulación de muchos espíritus vulgares se obtendrá jamás el equivalente de un cerebro de genio, ni de la acumulación de muchas virtudes mediocres el equivalente de un rasgo de abnegación ó de heroismo. — Al instituir nuestra democracia la universalidad y la igualdad de derechos, sancionaría, pues, el predominio innoble del número, si no cuidase de mantener muy en alto la noción de las legítimas superioridades humanas, y de hacer, de la autoridad vinculada al voto popular, no la expresión del sofisma de la igualdad absoluta, sino, según las palabras que recuerdo de un joven publicista francés, "la consagración de la jerarquía, emanando de la libertad".

La oposición entre el régimen de la democracia y la alta vida del espíritu es una realidad fatal cuando aquel régimen significa el desconocimiento de las desigualdades legítimas y la substitución de la fe en el *heroísmo* — en el sentido de Carlyle — por una concepción mecánica de gobierno. — Todo lo que en la civilización es algo más que un elemento de superioridad material y de prosperidad económica, constituye un relieve que no tarda en ser allanado cuando la autoridad moral pertenece al espíritu de la medianía. — En ausencia de la barbarie irruptora que desata sus hordas sobre los faros luminosos de la civilización, con heroica, y á veces regeneradora, grandeza, la alta cultura de las sociedades debe precaverse contra la obra mansa y disolvente de esas otras hordas pacíficas, acaso acicaladas; las hordas inevitables de la vulgaridad, — cuyo Atila podría personificarse en Mr. Homais; cuyo heroísmo es la astucia puesta al servicio de una repugnancia instintiva hacia lo grande; cuyo atributo es el rasero nivelador. — Siendo la indiferencia inconmovible y la superioridad cuantitativa, las manifestaciones normales de su fuerza, no son por eso incapaces de llegar á la ira épica y de ceder á los impulsos de la acometividad. Charles Morice las llama entonces "falanges de Prudhommes feroces que tienen por lema la palabra *Mediocridad* y marchan animadas por el odio de lo extraordinario".

Encumbrados, esos Prudhommes harán de su vo-

luntad triunfante una partida de caza organizada contra todo lo que manifieste la aptitud y el atrevimiento del vuelo. Su fórmula social será una democracia que conduzca á la consagración del pontífice "Cualquiera", á la coronación del monarca "Uno de tantos". Odiarán en el mérito una rebeldía. En sus dominios toda noble superioridad se hallará en las condiciones de la estatua de mármol colocada á la orilla de un camino fangoso, desde el cual le envía un latigazo de cieno el carro que pasa. Ellos llamarán al dogmatismo del sentido vulgar, sabiduría; gravedad, á la mezquina aridez del corazón; criterio sano, á la adaptación perfecta á lo mediocre; y despreocupación viril, al mal gusto. — Su concepción de la justicia los llevaría á substituir, en la historia, la inmortalidad del grande hombre, bien con la identidad de todos en el olvido común, bien con la memoria igualitaria de Mitrídates, de quien se cuenta que conservaba en el recuerdo los nombres de todos sus soldados. Su manera de republicanismo se satisfaría dando autoridad decisiva al procedimiento probatorio de Fox, que acostumbraba experimentar sus proyectos en el criterio del diputado que le parecía más perfecta personificación del *country-gentleman,* por la limitación de sus facultades y la rudeza de sus gustos. Con ellos se estará en las fronteras de la *zoocracia* de que habló una vez Baudelaire. La Titania de Shakespeare, poniendo un beso en la cabeza asinina, podría ser el emblema de la Libertad que otorga su amor á los me-

diocres. Jamás, por medio de una conquista más fecunda, podrá llegarse á un resultado más fatal!

Embriagad al repetidor de las irreverencias de la medianía, que veis pasar por vuestro lado; tentadle á hacer de héroe; convertid su apacibilidad burocrática en vocación de redentor, — y tendréis entonces la hostilidad rencorosa é implacable contra todo lo hermoso, contra todo lo digno, contra todo lo delicado, del espíritu humano, que repugna, todavía más que el bárbaro derramamiento de la sangre, en la tiranía jacobina; que, ante su tribunal, convierte en culpas la sabiduría de Lavoisier, el genio de Chénier, la dignidad de Malesherbes; que, entre los gritos habituales en la Convención, hace oir las palabras: — *Desconfiad de ese hombre, que ha hecho un libro!*; y que refiriendo el ideal de la sencillez democrática al primitivo *estado de naturaleza* de Rousseau, podría elegir el símbolo de la discordia que establece entre la democracia y la cultura, en la viñeta con que aquel sofista genial hizo acompañar la primera edición de su famosa diatriba contra las artes y las ciencias en nombre de la moralidad de las costumbres: un sátiro imprudente que pretendiendo abrazar, ávido de luz, la antorcha que lleva en su mano Prometeo, oye al titán filántropo que su fuego es mortal á quien le toca!

La ferocidad igualitaria no ha manifestado sus violencias en el desenvolvimiento democrático de nuestro siglo, ni se ha opuesto en formas brutales á la sereni-

dad y la independencia de la cultura intelectual. Pero, á la manera de una bestia feroz en cuya posteridad domesticada hubiérase cambiado la acometividad en mansedumbre artera é innoble, el igualitarismo, en la forma mansa de la *tendencia á lo utilitario y lo vulgar,* puede ser un objeto real de acusación contra la democracia del siglo XIX. No se ha detenido ante ella ningún espíritu delicado y sagaz á quien no hayan hecho pensar angustiosamente algunos de sus resultados, en el aspecto social y en el político. Expulsando con indignada energía, del espíritu humano, aquella falsa concepción de la igualdad que sugirió los delirios de la Revolución, el alto pensamiento contemporáneo ha mantenido, al mismo tiempo, sobre la realidad y sobre la teoría de la democracia, una inspección severa, que os permite á vosotros, los que colaboraréis en la obra del futuro, fijar vuestro punto de partida, no ciertamente para destruir, sino para educar, el espíritu del régimen que encontráis en pie.

Desde que nuestro siglo asumió personalidad é independencia en la evolución de las ideas, mientras el idealismo alemán rectificaba la utopía igualitaria de la filosofía del siglo XVIII y sublimaba, si bien con viciosa tendencia cesarista, el papel reservado en la historia á la superioridad individual, el positivismo de Comte, desconociendo á la igualdad democrática otro carácter que el de "un disolvente transitorio de las desigualdades antiguas" y negando con igual convicción la efica-

cia definitiva de la soberanía popular, buscaba en los principios de las clasificaciones naturales el fundamento de la clasificación social que habría de substituir á las jerarquías recientemente destruídas. — La crítica de la realidad democrática toma formas severas en la generación de Taine y de Renán. Sabéis que á este delicado y bondadoso ateniense sólo complacía la igualdad de aquel régimen social, siendo, como en Atenas, "una igualdad de semidioses". En cuanto á Taine, es quien ha escrito los *Orígenes de la Francia contemporánea;* y si, por una parte, su concepción de la sociedad como un organismo, le conduce lógicamente á rechazar toda idea de uniformidad que se oponga al principio de las dependencias y las subordinaciones orgánicas, por otra parte su finísimo instinto de selección intelectual le lleva á abominar de la invasión de las cumbres por la multitud. La gran voz de Carlyle había predicado ya, contra toda niveladora irreverencia, la veneración del *heroísmo,* entendiendo por tal el culto de cualquier noble superioridad. Émerson refleja esa voz en el seno de la más positivista de las democracias. La ciencia nueva habla de selección como de una necesidad de todo progreso. Dentro del arte, que es donde el sentido de lo selecto tiene su más natural adaptación, vibran con honda resonancia las notas que acusan el sentimiento, que podríamos llamar *de extrañeza,* del espíritu, en medio de las modernas condiciones de la vida. Para escucharlas, no es necesario aproximarse al par-

nasianismo de estirpe delicada y enferma, á quien un aristocrático desdén de lo presente llevó á la reclusión en lo pasado. Entre las inspiraciones constantes de Flaubert — de quien se acostumbra á derivar directamente la más democratizada de las escuelas literarias, — ninguna más intensa que el odio de la mediocridad envalentonada por la nivelación y de la tiranía irresponsable del número. — Dentro de esa contemporánea literatura del Norte, en la cual la preocupación por las altas cuestiones sociales es tan viva, surge á menudo la expresión de la misma idea, del mismo sentimiento; Ibsen desarrolla la altiva arenga de su "Stóckmann" alrededor de la afirmación de que "las mayorías compactas son el enemigo más peligroso de la libertad y la verdad"; y el formidable Nietzsche opone al ideal de una humanidad mediotizada la apoteosis de las almas que se yerguen sobre el nivel de la humanidad como una viva marea. — El anhelo vivísimo por una rectificación del espíritu social que asegure á la vida de la *heroicidad* y el pensamiento un ambiente más puro de dignidad y de justicia, vibra hoy por todas partes, y se diría que constituye uno de los fundamentales acordes que este ocaso de siglo propone para las armonías que ha de componer el siglo venidero.

Y sin embargo, el espíritu de la democracia es, esencialmente, para nuestra civilización, un principio de vida contra el cual sería inútil rebelarse. Los descontentos sugeridos por las imperfecciones de su forma

histórica actual, han llevado á menudo á la injusticia con lo que aquel régimen tiene de definitivo y de fecundo. Así, el aristocratismo sabio de Renán formula la más explícita condenación del principio fundamental de la democracia: la igualdad de derechos; cree á este principio irremisiblemente divorciado de todo posible dominio de la superioridad intelectual; y llega hasta á señalar en él, con una enérgica imagen, "*las antípodas de las vías de Dios,* — puesto que Dios no ha querido que todos viviesen en el mismo grado la vida del espíritu". — Estas paradojas injustas del maestro, complementadas por su famoso ideal de una oligarquía omnipotente de hombres sabios, son comparables á la reproducción exagerada y deformada, en el sueño, de un pensamiento real y fecundo que nos ha preocupado en la vigilia. — Desconocer la obra de la democracia, en lo esencial, porque, aun no terminada, no ha llegado á conciliar definitivamente su empresa de igualdad con una fuerte garantía social de selección, equivale á desconocer la obra, paralela y concorde, de la ciencia, porque interpretada con el criterio estrecho de una escuela, ha podido dañar alguna vez al espíritu de religiosidad ó al espíritu de poesía. — La democracia y la ciencia son, en efecto, los dos insustituibles soportes sobre los que nuestra civilización descansa; ó, expresándolo con una frase de Bourget, las dos "obreras" de nuestros destinos futuros. "*En ellas somos, vivimos, nos movemos*". Siendo, pues, insensato pensar, como Renán, en

obtener una consagración más positiva de todas las superioridades morales, la realidad de una razonada jerarquía, el dominio eficiente de las altas dotes de la inteligencia y de la voluntad, por la *destrucción* de la igualdad democrática, sólo cabe pensar en la *educación* de la democracia y su reforma. Cabe pensar en que progresivamente se encarnen, en los sentimientos del pueblo y sus costumbres, la idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas, el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica, á los ojos de la razón, la cifra del valor humano.

La educación popular adquiere, considerada en relación á tal obra, como siempre que se la mira con el pensamiento del porvenir, un interés supremo (1). Es en la escuela, por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, donde está la primera y más generosa manifestación de la equidad social, que consagra para todos la accesibilidad del saber y de los medios más eficaces de superioridad. Ella debe complementar tan noble cometido, haciendo objetos de una educación preferente y cuidadosa el sentido del orden, la idea y la voluntad de la justicia, el sentimiento de las legítimas autoridades morales.

Ninguna distinción más fácil de confundirse y anularse en el espíritu del pueblo que la que enseña

(1) "Plus l'instruction se répand, plus elle doit faire de part aux idées générales et généreuses. On croit que l'instruction populaire doit être terre à terre. C'est le contraire qui est la vérite". — Fouillée: *L'idée moderne du droit* lib. 5º *IV*.

que la igualdad democrática puede significar una igual *posibilidad,* pero nunca una igual *realidad,* de influencia y de prestigio, entre los miembros de una sociedad organizada. En todos ellos hay un derecho idéntico para aspirar á las superioridades morales que deben dar razón y fundamento á las superioridades efectivas; pero sólo á los que han alcanzado realmente la posesión de las primeras, debe ser concedido el premio de las últimas. El verdadero, el digno concepto de la igualdad, reposa sobre el pensamiento de que todos los seres racionales están dotados por naturaleza de facultades capaces de un desenvolvimiento noble. El deber del Estado consiste en colocar á todos los miembros de la sociedad en indistintas condiciones de tender á su perfeccionamiento. El deber del Estado consiste en predisponer los medios propios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, donde quiera que existan. De tal manera, más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza ó del esfuerzo meritorio de la voluntad. — Cuando se la concibe de este modo, la igualdad democrática, lejos de oponerse á la selección de las costumbres y de las ideas, es el más eficaz instrumento de selección espiritual, es el ambiente *providencial* de la cultura. La favorecerá todo lo que favorezca al predominio de la energía inteligente. No en distinto sentido pudo afirmar Tocqueville que la poesía, la elocuencia,

las gracias del espíritu, los fulgores de la imaginación, la profundidad del pensamiento, "todos esos dones del alma, repartidos por el cielo al acaso", fueron colaboradores en la obra de la democracia, y la sirvieron, aun cuando se encontraron de parte de sus adversarios, porque convergieron todos á poner de relieve la natural, la no heredada grandeza, de que nuestro espíritu es capaz. — La emulación, que es el más poderoso estímulo entre cuantos pueden sobreexcitar, lo mismo la vivacidad del pensamiento que la de las demás actividades humanas, necesita, á la vez, de la igualdad en el punto de partida, para producirse, y de la desigualdad que aventajará á los más aptos y mejores, como objeto final. Sólo un régimen democrático puede conciliar en su seno esas dos condiciones de la emulación, cuando no degenera en nivelador igualitarismo y se limita á considerar como un hermoso ideal de perfectibilidad una futura equivalencia de los hombres por su ascensión al mismo grado de cultura.

Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados. Ella consagra, como las aristocracias, la distinción de calidad; pero la resuelve á favor de las calidades realmente superiores, — las de la virtud, el carácter, el espíritu, — y sin pretender inmovilizarlas en clases constituídas aparte de las otras, que mantengan

á su favor el privilegio execrable de la casta, renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo y la hace aceptar por la justicia y el amor. Reconociendo, de tal manera, en la selección y la predominancia de los mejor dotados una necesidad de todo progreso, excluye de esa ley universal de la vida, al sancionarla en el orden de la sociedad, el efecto de humillación y de dolor que es, en las concurrencias de la naturaleza y en las de las otras organizaciones sociales, el duro lote del vencido. "La gran ley de la selección natural, ha dicho luminosamente Fouillée, continuará realizándose en el seno de las sociedades humanas, sólo que ella se realizará de más en más por vía de libertad". — El carácter odioso de las aristocracias tradicionales se originaba de que ellas eran injustas, por su fundamento, y opresoras, por cuanto su autoridad era una imposición. Hoy sabemos que no existe otro límite legítimo para la igualdad humana que el que consiste en el dominio de la inteligencia y la virtud, consentido por la libertad de todos. Pero sabemos también que es necesario que este límite exista en realidad. — Por otra parte, nuestra concepción cristiana de la vida nos enseña que las superioridades morales, que son un motivo de derechos, son principalmente un motivo de deberes, y que todo espíritu superior se debe á los demás en igual proporción que los excede en capacidad de realizar el bien. El anti-igualitarismo de Nietzsche, — que tan profundo surco señala en la que

podríamos llamar nuestra moderna *literatura de ideas,* — ha llevado á su poderosa reivindicación de los derechos que él considera implícitos en las superioridades humanas, un abominable, un reaccionario espíritu; puesto que, negando toda fraternidad, toda piedad, pone en el corazón del *super-hombre* á quien endiosa un menosprecio satánico para los desheredados y los débiles; legitima en los privilegiados de la voluntad y de la fuerza el ministerio del verdugo; y con lógica resolución llega, en último término, á afirmar que, "la sociedad no existe para sí sino para sus elegidos". — No es, ciertamente, esta concepción monstruosa la que puede oponerse, como lábaro, al falso igualitarismo que aspira á la nivelación de todos por la común vulgaridad. Por fortuna, mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz, — es decir: siempre, — la humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo orden estable y que la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amar!

Fuente de inagotables inspiraciones morales, la ciencia nueva nos sugiere, al esclarecer las leyes de la vida, cómo el principio democrático puede conciliarse, en la organización de las colectividades humanas, con una *aristarquia* de la moralidad y la cultura. — Por una parte, — como lo ha hecho notar, una vez más, en un simpático libro, Henri Bérenger, — las afirmaciones de la ciencia contribuyen á sancionar y fortalecer

en la sociedad el espíritu de la democracia, revelando cuánto es el valor natural del esfuerzo colectivo; cuál la grandeza de la obra de los pequeños; cuán inmensa la parte de acción reservada al colaborador anónimo y obscuro en cualquiera manifestación del desenvolvimiento universal. Realza, no menos que la revelación cristiana, la dignidad de los humildes, esta nueva revelación, que atribuye, en la naturaleza, á la obra de los infinitamente pequeños, á la labor del nummulite y el briozóo en el fondo obscuro del abismo, la construcción de los cimientos geológicos; que hace surgir de la vibración de la célula informe y primitiva, todo el impulso ascendente de las formas orgánicas; que manifiesta el poderoso papel que en nuestra vida psíquica es necesario atribuir á los fenómenos más inaparentes y más vagos, aun á las fugaces percepciones de que no tenemos conciencia; y que, llegando á la sociología y á la historia, restituye al heroísmo, á menudo abnegado, de las muchedumbres, la parte que le negaba el silencio en la gloria del héroe individual, y hace patente la lenta acumulación de las investigaciones que, al través de los siglos, en la sombra, en el taller, ó el laboratorio de obreros olvidados, preparan los hallazgos del genio.

Pero á la vez que manifiesta así la inmortal eficacia del esfuerzo colectivo, y dignifica la participación de los colaboradores ignorados en la obra universal, la ciencia muestra cómo en la inmensa sociedad de las co-

sas y los seres, es una necesaria condición de todo progreso el orden jerárquico; son un principio de la vida las relaciones de dependencia y de subordinación entre los componentes individuales de aquella sociedad y entre los elementos de la organización del individuo; y es, por último, una necesidad inherente á la ley universal de *imitación,* si se la relaciona con el perfeccionamiento de las sociedades humanas, la presencia, en ellas, de modelos vivos é influyentes, que las realcen por la progresiva generalización de su superioridad.

Para mostrar ahora cómo ambas enseñanzas universales de la ciencia pueden traducirse en hechos, conciliándose, en la organización y en el espíritu de la sociedad, basta insistir en la concepción de una democracia noble, justa; de una democracia dirigida por la noción y el sentimiento de las verdaderas superioridades humanas; de una democracia en la cual la supremacía de la inteligencia y la virtud, — únicos límites para la equivalencia meritoria de los hombres, — reciba su autoridad y su prestigio de la libertad, y descienda sobre las multitudes en la efusión bienhechora del amor.

Al mismo tiempo que conciliará aquellos dos grandes resultados de la observación del orden natural, se realizará dentro de una sociedad semejante — según lo observa, en el mismo libro de que os hablaba, Bérenger, — la armonía de los dos impulsos históricos que han comunicado á nuestra civilización sus carac-

teres esenciales, los principios reguladores de su vida. — Del espíritu del cristianismo nace, efectivamente, el sentimiento de igualdad, viciado por cierto ascético menosprecio de la selección espiritual y la cultura. De la herencia de las civilizaciones clásicas nacen el sentido del orden, de la jerarquía, y el respeto religioso del genio, viciados por cierto aristocrático desdén de los humildes y los débiles. El porvenir sintetizará ambas sugestiones del pasado, en una fórmula inmortal. La democracia, entonces, habrá triunfado definitivamente. Y ella, que, cuando amenaza con lo innoble del rasero nivelador, justifica las protestas airadas y las amargas melancolías de los que creyeron sacrificados por su triunfo toda distinción intelectual, todo ensueño de arte, toda delicadeza de la vida, tendrá, aún más que las viejas aristocracias, inviolables seguros para el cultivo de las flores del alma que se marchitan y perecen en el ambiente de la vulgaridad y entre las impiedades del tumulto!



La concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de la proporción social, componen, íntimamente relacionadas, la fórmula de lo que ha solido llamarse, en Europa, el espíritu de *americanismo.* — Es imposible meditar sobre ambas inspiraciones de la conducta y la sociabilidad, y compararlas con las que les son opuestas, sin que la asociación traiga, con insistencia, á la mente, la imagen de esa demo-

cracia formidable y fecunda, que, allá en el Norte, ostenta las manifestaciones de su prosperidad y su poder, como una deslumbradora prueba que abona en favor de la eficacia de sus instituciones y de la dirección de sus ideas. — Si ha podido decirse del utilitarismo, que es el verbo del espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario. Y el Evangelio de este verbo, se difunde por todas partes á favor de los milagros materiales del triunfo. Hispano-América ya no es enteramente calificable, con relación á él, de tierra de gentiles. La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza á grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes, y aun más quizá, en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria. — Y de admirarla se pasa por una transición facilísima á imitarla. La admiración y la creencia son ya modos pasivos de imitación para el psicólogo. "La tendencia imitativa de nuestra naturaleza moral — decía Bagehot — tiene su asiento en aquella parte del alma en que reside la credibilidad". — El sentido y la experiencia vulgares serían suficientes para establecer por sí solos esa sencilla relación. Se imita á aquel en cuya superioridad ó cuyo prestigio se cree. — Es así como la visión de una América *deslatinizada* por su propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego á imagen y semejanza

del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir, inspira la fruición con que ellos formulan á cada paso los más sugestivos paralelos, y se manifiesta por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra *nordomanía.* Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno.

No doy yo á tales límites el sentido de una absoluta negación. — Comprendo bien que se adquieran inspiraciones, luces, enseñanzas, en el ejemplo de los fuertes; y no desconozco que una inteligente atención fijada en lo exterior para reflejar de todas partes la imagen de lo beneficioso y de lo útil es singularmente fecunda cuando se trata de pueblos que aun forman y modelan su entidad nacional.

Comprendo bien que se aspire á rectificar, por la educación perseverante, aquellos trazos del carácter de una sociedad humana que necesiten concordar con nuevas exigencias de la civilización y nuevas oportunidades de la vida, equilibrando así, por medio de una influencia innovadora, las fuerzas de la herencia y la costumbre. — Pero no veo la gloria, ni en el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos, — su genio *personal,* — para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irreemplazable de su espíritu; ni en la creencia ingenua de que eso pueda obtenerse alguna vez por procedimientos artificiales é improvisados de imitación. —

Ese irreflexivo traslado de lo que es natural y espontáneo en una sociedad al seno de otra, donde no tenga raíces ni en la naturaleza ni en la historia, equivalía para Michelet á la tentativa de incorporar, por simple agregación, una cosa muerta á un organismo vivo. En sociabilidad, como en literatura, como en arte, la imitación inconsulta no hará nunca sino deformar las líneas del modelo. El engaño de los que piensan haber reproducido en lo esencial el carácter de una colectividad humana, las fuerzas vivas de su espíritu, y con ellos el secreto de sus triunfos y su prosperidad, reproduciendo exactamente el mecanismo de sus instituciones y las formas exteriores de sus costumbres, hace pensar en la ilusión de los principiantes candorosos que se imaginan haberse apoderado del genio del maestro cuando han copiado las formas de su estilo ó sus procedimientos de composición.

En ese esfuerzo vano hay, además, no sé qué cosa de innoble. Género de *snobismo* político podría llamarse al afanoso remedo de cuanto hacen los preponderantes y los fuertes, los vencedores y los afortunados; género de abdicación servil, como en la que en algunos de los *snobs* encadenados para siempre á la tortura de la sátira por el libro de Tháckeray, hace consumirse tristemente las energías de los ánimos no ayudados por la naturaleza ó la fortuna, en la imitación impotente de los caprichos y las volubilidades de los encumbrados de la sociedad. — El cuidado de la independencia *inte-*

rior, — la de la personalidad, la del criterio, — es una principalísima forma del respeto propio. Suele, en los tratados de ética, comentarse un precepto moral de Cicerón, según el cual forma parte de los deberes humanos el que cada uno de nosotros cuide y mantenga celosamente la originalidad de su carácter personal, lo que haya en él que lo diferencie y determine, respetando, en todo cuanto no sea inadecuado para el bien, el impulso primario de la Naturaleza, que ha fundado en la varia distribución de sus dones el orden y el concierto del mundo. — Y aun me parecería mayor el imperio del precepto si se le aplicase, colectivamente, al carácter de las sociedades humanas. — Acaso oiréis decir que no hay un sello propio y definido, por cuya permanencia, por cuya integridad deba pugnarse, en la organización actual de nuestros pueblos. Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la "personalidad". Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos — los americanos latinos — una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une á inmortales páginas de la historia, confiando á nuestro honor su continuación en lo futuro. El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidelidad á lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse

en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro.

Se ha observado más de una vez que las grandes evoluciones de la historia, las grandes épocas, los períodos más luminosos y fecundos en el desenvolvimiento de la humanidad, son casi siempre la resultante de dos fuerzas distintas y co-actuales, que mantienen, por los concertados impulsos de su oposición, el interés y el estímulo de la vida, los cuales desaparecerían, agotados, en la quietud de una unidad absoluta. — Así, sobre los dos polos de Atenas y Lacedemonia se apoya el eje al rededor del cual gira el carácter de la más genial y civilizadora de las razas. — América necesita mantener en el presente la dualidad original de su constitución, que convierte en realidad de su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultáneamente de uno y otro polo del mundo, para que llegasen á un tiempo al límite de sus dominios. Esta diferencia genial y emuladora no excluye, sino que tolera y aun favorece en muchísimos aspectos, la concordia de la solidaridad. Y si una concordia superior pudiera vislumbrarse desde nuestros días, como la fórmula de un porvenir lejano, ella no sería debida á la *imitación unilateral* — que diría Tarde — de una raza por otra, sino á la reciprocidad de sus influencias y al atinado concierto de los atributos en que se funda la gloria de las dos.

Por otra parte, en el estudio desapasionado de esa

civilización que algunos nos ofrecen como único y absoluto modelo, hay razones no menos poderosas que las que se fundan en la indignidad y la inconveniencia de una renuncia á todo propósito de originalidad, para templar los entusiasmos de los que nos exigen su consagración idolátrica. — Y llego, ahora, á la relación que directamente tiene, con el sentido general de esta plática mía, el comentario de semejante espíritu de imitación.

Todo juicio severo que se formule de los americanos del Norte debe empezar por rendirles, como se haría con altos adversarios, la formalidad caballeresca de un saludo. — Siento fácil mi espíritu para cumplirla. — Desconocer sus defectos no me parecería tan insensato como negar sus cualidades. Nacidos — para emplear la paradoja usada por Baudelaire á otro respecto — con la *experiencia innata* de la libertad, ellos se han mantenido fieles á la ley de su origen, y han desenvuelto, con la precisión y la seguridad de una progresión matemática, los principios fundamentales de su organización, dando á su historia una consecuente unidad que, si bien ha excluído las adquisiciones de aptitudes y méritos distintos, tiene la belleza intelectual de la lógica. — La huella de sus pasos no se borrará jamás en los anales del derecho humano; porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad, de las inseguridades del ensayo y de las imaginaciones de la utopía, para convertirla

en bronce imperecedero y realidad viviente; porque han demostrado con su ejemplo la posibilidad de extender á un inmenso organismo nacional la inconmovible autoridad de una república; porque, con su organización federativa, han revelado — según la feliz expresión de Tocqueville — la manera como se pueden conciliar con el brillo y el poder de los estados grandes la felicidad y la paz de los pequeños. — Suyos son algunos de los rasgos más audaces con que ha de destacarse en la perspectiva del tiempo la obra de este siglo. Suya es la gloria de haber revelado plenamente — acentuando la más firme nota de belleza moral de nuestra civilización — la grandeza y el poder del trabajo; esa fuerza bendita que la antigüedad abandonaba á la abyección de la esclavitud, y que hoy identificamos con la más alta expresión de la dignidad humana, fundada en la conciencia y la actividad del propio mérito. Fuertes, tenaces, teniendo la inacción por oprobio, ellos han puesto en manos del *mechánic* de sus talleres y el *fármer* de sus campos, la clava hercúlea del mito, y han dado al genio humano una nueva é inesperada belleza ciñéndole el mandil de cuero del forjador. Cada uno de ellos avanza á conquistar la vida como el desierto los primitivos puritanos. Perseverantes devotos de ese culto de la energía individual que hace de cada hombre el artífice de su destino, ellos han modelado su sociabilidad en un conjunto imaginario de ejemplares de Róbinson, que después de haber fortificado rudamente su

personalidad en la práctica de la ayuda propia, entrarán á componer los filamentos de una urdimbre firmísima. — Sin sacrificarle esa soberana concepción del individuo, han sabido hacer al mismo tiempo, del espíritu de asociación, el más admirable instrumento de su grandeza y de su imperio; y han obtenido de la suma de las fuerzas humanas, subordinada á los propósitos de la investigación, de la filantropía, de la industria, resultados tanto más maravillosos, por lo mismo que se consiguen con la más absoluta integridad de la autonomía personal. — Hay en ellos un instinto de curiosidad despierta é insaciable, una impaciente avidez de toda luz; y profesando el amor por la instrucción del pueblo con la obsesión de una monomanía gloriosa y fecunda, han hecho de la escuela el quicio más seguro de su prosperidad, y del alma del niño la más cuidada entre las cosas leves y preciosas. — Su cultura, que está lejos de ser refinada ni espiritual, tiene una eficacia admirable siempre que se dirige prácticamente á realizar una finalidad inmediata. No han incorporado á las adquisiciones de la ciencia una sola ley general, un solo principio; pero la han hecho maga por las maravillas de sus aplicaciones, la han agigantado en los dominios de la utilidad, y han dado al mundo, en la caldera de vapor y en la dinamo eléctrica, billones de esclavos invisibles que centuplican, para servir al Aladino humano, el poder de la lámpara maravillosa. — El crecimiento de su grandeza y de su fuerza

será objeto de perdurables asombros para el porvenir. Han inventado, con su prodigiosa aptitud de improvisación, un acicate para el tiempo; y al conjuro de su voluntad poderosa, surge en un día, del seno de la absoluta soledad, la suma de cultura acumulable por la obra de los siglos. — La libertad puritana, que les envía su luz desde el pasado, unió á esta luz el calor de una piedad que aún dura. Junto á la fábrica y la escuela, sus fuertes manos han alzado, también, los templos de donde evaporan sus plegarias muchos millones de conciencias libres. Ellos han sabido salvar, en el naufragio de todas las idealidades, la idealidad más alta, guardando viva la tradición de un sentimiento religioso que, si no levanta sus vuelos en alas de un espiritualismo delicado y profundo, sostiene, en parte, entre las asperezas del tumulto utilitario, la rienda firme del sentido moral. — Han sabido, también, guardar, en medio á los refinamientos de la vida civilizada, el sello de cierta primitividad robusta. Tienen el culto pagano de la salud, de la destreza, de la fuerza; templan y afinan en el músculo el instrumento precioso de la voluntad; y obligados por su aspiración insaciable de dominio á cultivar la energía de todas las actividades humanas, modelan el torso del atleta para el corazón del hombre libre. — Y del concierto de su civilización, del acordado movimiento de su cultura, surge una dominante nota de optimismo, de confianza, de fe, que dilata los corazones impulsándolos al porvenir ba-

jo la sugestión de una esperanza terca y arrogante; la nota del *Excelsior* y el *Salmo de la vida* con que sus poetas han señalado el infalible bálsamo contra toda amargura en la filosofía del esfuerzo y de la acción.

Su grandeza titánica se impone así, aun á los más prevenidos por las enormes desproporciones de su carácter ó por las violencias recientes de su historia. Y por mi parte, ya veis que, aunque no les amo, les admiro. Les admiro, en primer término, por su formidable capacidad de *querer,* y me inclino ante "la escuela de voluntad y de trabajo" que — como de sus progenitores nacionales dijo Philarète-Chasles — ellos han instituído.

En el principio la acción era. Con estas célebres palabras del "Fausto" podría empezar un futuro historiador de la poderosa república, el Génesis, aun no concluído, de su existencia nacional. Su genio podría definirse, como el universo de los dinamistas, *la fuerza en movimiento.* Tiene, ante todo y sobre todo, la capacidad, el entusiasmo, la vocación dichosa de la acción. La voluntad es el cincel que ha esculpido á ese pueblo en dura piedra. Sus relieves característicos son dos manifestaciones del poder de la voluntad: la originalidad y la audacia. Su historia es, toda ella, el arrebato de una actividad viril. Su personaje representativo se llama *Yo quiero,* como el "super-hombre" de Nietzsche.— Si algo le salva colectivamente de la vulgaridad, es ese extraordinario alarde de energía que lleva á todas par-

tes y con el que imprime cierto carácter de épica grandeza aun á las luchas del interés y de la vida material. Así de los especuladores de Chicago y de Mineápolis, ha dicho Paul Bourget que son á la manera de combatientes heroicos en los cuales la aptitud para el ataque y la defensa es comparable á la de un *grognard* del gran Emperador. — Y esta energía suprema con la que el genio norteamericano parece obtener — hipnotizador audaz — el adormecimiento y la sugestión de los hados, suele encontrarse aun en las particularidades que se nos presentan como excepcionales y divergentes, de aquella civilización. Nadie negará que Edgard Poe es una individualidad anómala y rebelde dentro de su pueblo. Su alma escogida representa una partícula inasimilable del alma nacional, que no en vano se agitó entre las otras con la sensación de una soledad infinita. Y sin embargo, la nota fundamental — que Baudelaire ha señalado profundamente — en el carácter de los héroes de Poe, es, todavía, el temple sobrehumano, la indómita resistencia de la voluntad. Cuando ideó á Ligeia, la más misteriosa y adorable de sus criaturas, Poe simbolizó en la luz inextinguible de sus ojos, el himno de triunfo de la Voluntad sobre la Muerte.

Adquirido, con el sincero reconocimiento de cuanto hay de luminoso y grande en el genio de la poderosa nación, el derecho de completar respecto á él la fórmula de la justicia, una cuestión llena de interés pide expresarse. — ¿Realiza aquella sociedad, ó tiende á

realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple á las legítimas exigencias del espíritu, á la dignidad intelectual y moral de nuestra civilización? — ¿Es en ella donde hemos de señalar la más aproximada imagen de nuestra "ciudad perfecta"? — Esa febricitante inquietud que parece centuplicar en su seno el movimiento y la intensidad de la vida, ¿tiene un objeto capaz de merecerla y un estímulo bastante para justificarla?

Herbert Spencer, formulando con noble sinceridad su saludo á la democracia de América en un banquete de Nueva York, señalaba el rasgo fundamental de la vida de los norteamericanos, en esa misma desbordada inquietud que se manifiesta por la pasión infinita del trabajo y la porfía de la expansión material en todas sus formas. Y observaba después que, en tan exclusivo predominio de la actividad subordinada á los propósitos inmediatos de la utilidad, se revelaba una concepción de la existencia, tolerable sin duda como carácter provisional de una civilización, como tarea preliminar de una cultura, pero que urgía ya rectificar, puesto que tendía á convertir el trabajo utilitario en fin y objeto supremo de la vida, cuando él en ningún caso puede significar racionalmente sino la acumulación de los elementos propios para hacer posible el total y armonioso desenvolvimiento de nuestro sér. — Spencer agregaba que era necesario predicar á los norteamericanos el Evangelio del descanso ó el recreo; é

identificando nosotros la más noble significación de estas palabras con la del *ocio* tal cual lo dignificaban los antiguos moralistas, clasificaremos dentro del Evangelio en que debe iniciarse á aquellos trabajadores sin reposo, toda preocupación ideal, todo desinteresado empleo de las horas, todo objeto de meditación levantado sobre la finalidad inmediata de la utilidad.

La vida norteamericana describe efectivamente ese círculo vicioso que Pascal señalaba en la anhelante persecución del bienestar, cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo. Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer á una mediana concepción del destino humano. Obra titánica, por la enorme tensión de voluntad que representa, y por sus triunfos inauditos en todas las esferas del engrandecimiento material, es indudable que aquella civilización produce en su conjunto una singular impresión de insuficiencia y de vacío. Y es que si, con el derecho que da la historia de treinta siglos de evolución presididos por la dignidad del espíritu clásico y del espíritu cristiano, se pregunta cuál es en ella el principio dirigente, cuál su *substratum* ideal, cuál el propósito ulterior á la inmediata preocupación de los intereses positivos que estremecen aquella masa formidable, sólo se encontrará, como fórmula del ideal definitivo, la misma absoluta preocupación del triunfo material. — Huérfano de tradiciones muy hondas que le orienten, ese pueblo no ha sabido substituir la idealidad inspiradora del pasado con una alta

y desinteresada concepción del porvenir. Vive para la realidad inmediata, del presente, y por ello subordina toda su actividad al egoismo del bienestar personal y colectivo. — De la suma de los elementos de su riqueza y su poder podría decirse lo que el autor de *Mensonges* de la inteligencia del marqués de Norbert que figura en uno de sus libros: es un monte de leña al cual no se ha hallado modo de dar fuego. Falta la chispa eficaz que haga levantarse la llama de un ideal vivificante é inquieto, sobre el copioso combustible. — Ni siquiera el egoísmo nacional, á falta de más altos impulsos; ni siquiera el exclusivismo y el orgullo de raza, que son los que transfiguran y engrandecen, en la antigüedad, la prosaica dureza de la vida de Roma, pueden tener vislumbres de idealidad y de hermosura en un pueblo donde la confusión cosmopolita y el *atomismo* de una mal entendida democracia impiden la formación de una verdadera conciencia nacional.

Diríase que el positivismo genial de la Metrópoli ha sufrido, al transmitirse á sus emancipados hijos de América, una destilación que le priva de todos los elementos de idealidad que le templaban, reduciéndole, en realidad, á la crudeza que, en las exageraciones de la pasión ó de la sátira, ha podido atribuirse al positivismo de Inglaterra. — El espíritu inglés, bajo la áspera corteza de utilitarismo, bajo la indiferencia mercantil, bajo la severidad puritana, esconde, á no dudarlo, una virtualidad poética escogida, y un profundo vene-

ro de sensibilidad, el cual revela, en sentir de Taine, que el fondo primitivo, el fondo germánico de aquella raza, modificada luego por la presión de la conquista y por el hábito de la actividad comercial, fué una extraordinaria exaltación del sentimiento. El espíritu americano no ha recibido en herencia ese instinto poético ancestral, que brota, como surgente límpida, del seno de la roca británica, cuando es el Moisés de un arte delicado quien la toca. El pueblo inglés tiene, en la institución de su aristocracia, — por anacrónica é injusta que ella sea bajo el aspecto del derecho político, — un alto é inexpugnable baluarte que oponer al mercantilismo ambiente y á la prosa invasora; tan alto é inexpugnable baluarte que es el mismo Taine quien asegura que desde los tiempos de las ciudades griegas, no presentaba la historia ejemplo de una condición de vida más propia para formar y enaltecer el sentimiento de la nobleza humana. En el ambiente de la democracia de América, el espíritu de vulgaridad no halla ante sí relieves inaccesibles para su fuerza de ascensión, y se extiende y propaga como sobre la llaneza de una pampa infinita.

Sensibilidad, inteligencia, costumbres, — todo está caracterizado, en el enorme pueblo, por una radical ineptitud de selección, que mantiene, junto al orden mecánico de su actividad material y de su vida política, un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de las facultades ideales. — Fáciles son de seguir

las manifestaciones de esta ineptitud, partiendo de las más exteriores y aparentes, para llegar después á otras más esenciales y más íntimas. — Pródigo de sus riquezas — porque en su codicia no entra, según acertadamente se ha dicho, ninguna parte de Harpagón, — el norteamericano ha logrado adquirir con ellas, plenamente, la satisfacción y la vanidad de la magnificencia suntuaria; pero no ha logrado adquirir la nota escogida del buen gusto. El arte verdadero sólo ha podido existir, en tal ambiente, á título de rebelión individual. Émerson, Poe, son allí como los ejemplares de una fauna expulsada de su verdadero medio por el rigor de una catástrofe geológica. — Habla Bourget, en *Outre mer,* del acento concentrado y solemne con que la palabra *arte* vibra en los labios de los norteamericanos que ha halagado el favor de la fortuna; de esos recios y acrisolados héroes del *self-help,* que aspiran á coronar, con la asimilación de todos los refinamientos humanos, la obra de su encumbramiento reñido. Pero nunca les ha sido dado concebir esa divina actividad que nombran con énfasis, sino como un nuevo motivo de satisfacerse su inquietud invasora y como un trofeo de su vanidad. La ignoran, en lo que ella tiene de desinteresado y de escogido; la ignoran, á despecho de la munificencia con que la fortuna individual suele emplearse en estimular la formación de un delicado sentido de belleza; á despecho de la esplendidez de los museos y las exposiciones con que se ufanan sus ciudades;

á despecho de las montañas de mármol y de bronce que han esculpido para las estatuas de sus plazas públicas. Y si con su nombre hubiera de caracterizarse alguna vez un gusto de arte, él no podría ser otro que el que envuelve la negación del arte mismo: la brutalidad del efecto rebuscado, el desconocimiento de todo tono suave y de toda manera exquisita, el culto de una falsa grandeza, el *sensacionismo* que excluye la noble serenidad inconciliable con el apresuramiento de una vida febril.

La idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos. Tampoco le apasiona la idealidad de lo verdadero. Menosprecia todo ejercicio del pensamiento que prescinda de una inmediata finalidad, por vano é infecundo. No le lleva á la ciencia un desinteresado anhelo de verdad, ni se ha manifestado ningún caso capaz de amarla por sí misma. La investigación no es para él sino el antecedente de la aplicación utilitaria. — Sus gloriosos empeños por difundir los beneficios de la educación popular, están inspirados en el noble propósito de comunicar los elementos fundamentales del saber al mayor número; pero no nos revelan que, al mismo tiempo que de ese acrecentamiento extensivo de la educación, se preocupe de seleccionarla y elevarla, para auxiliar el esfuerzo de las superioridades que ambicionen erguirse sobre la general mediocridad. Así, el resultado de su porfiada guerra á la ignorancia, ha sido la semi-cultura univer-

sal y una profunda languidez de la alta cultura. — En igual proporción que la ignorancia radical, disminuyen en el ambiente de esa gigantesca democracia, la superior sabiduría y el genio. He ahí porqué la historia de su actividad pensadora es una progresión decreciente de brillo y de originalidad. Mientras en el período de la independencia y la organización surgen para representar, lo mismo el pensamiento que la voluntad de aquel pueblo, muchos nombres ilustres, medio siglo más tarde Tocqueville puede observar, respecto á ellos, que *los dioses se van.* Cuando escribió Tocqueville su obra maestra, aun irradiaba, sin embargo, desde Boston, la *ciudadela puritana,* la ciudad de las doctas tradiciones, una gloriosa pléyada que tiene en la historia intelectual de este siglo la magnitud de la universalidad. — ¿Quiénes han recogido después la herencia de Chánning, de Émerson, de Poe? — La nivelación mesocrática, apresurando su obra desoladora, tiende á desvanecer el poco carácter que quedaba á aquella precaria intelectualidad. Las alas de sus libros ha tiempo que no llegan á la altura en que sería universalmente posible divisarlos. Y hoy, la más genuina representación del gusto norteamericano, en punto á letras, está en los lienzos grises de un diarismo que no hace pensar en el que un día suministró los materiales de *El Federalista!*

Con relación á los sentimientos morales, el impulso mecánico del utilitarismo ha encontrado el resorte moderador de una fuerte tradición religiosa. Pero no

por eso debe creerse que ha cedido la dirección de la conducta á un verdadero principio de desinterés. — La religiosidad de los americanos, como derivación extremada de la inglesa, no es más que una fuerza auxiliatoria de la legislación penal, que evacuaría su puesto el día que fuera posible dar á la moral utilitaria la autoridad religiosa que ambicionaba darle Stuart Mill. — La más elevada cúspide de su moral es la moral de Franklin: — Una filosofía de la conducta, que halla su término en lo mediocre de la honestidad, en la utilidad de la prudencia; de cuyo seno no surgirán jamás ni la santidad, ni el heroísmo; y que, sólo apta para prestar á la conciencia, en los caminos normales de la vida, el apoyo del bastón de manzano con que marchaba habitualmente su propagador, no es más que un leño frágil cuando se trata de subir las altas pendientes. — Tal es la suprema cumbre; pero es en los valles donde hay que buscar la realidad. Aun cuando el criterio moral no hubiera de descender más abajo del utilitarismo probo y mesurado de Franklin, el término forzoso — que ya señaló la sagaz observación de Tocqueville — de una sociedad educada en semejante limitación del deber, sería, no por cierto una de esas decadencias soberbias y magníficas que dan la medida de la satánica hermosura del mal en la disolución de los imperios; pero sí una suerte de materialismo pálido y mediocre, y en último resultado, el sueño de una enervación sin brillo, por la silenciosa descomposición de

todos los resortes de la vida moral. — Allí donde el precepto tiende á poner las altas manifestaciones de la abnegación y la virtud fuera del dominio de lo obligatorio, la realidad hará retroceder indefinidamente el límite de la obligación. — Pero la escuela de la prosperidad material, que será siempre ruda prueba para la austeridad de las repúblicas, ha llevado más lejos la llaneza de la concepción de la conducta racional que hoy gana los espíritus. Al código de Franklin han sucedido otros de más francas tendencias como expresión de la sabiduría nacional. Y no hace aún cinco años el voto público consagraba en todas las ciudades norteamericanas, con las más inequívocas manifestaciones de la popularidad y de la crítica, la nueva ley moral en que, desde la puritana Boston, anunciaba solemnemente el autor de cierto docto libro que se intitulaba *Pushing to the front* (1), que el éxito debía ser considerado la finalidad suprema de la vida. La revelación tuvo eco aun en el seno de las comuniones cristianas, y se citó una vez, á propósito del libro afortunado, la *Imitación* de Kémpis, como término de comparación!

La vida pública no se sustrae, por cierto, á las consecuencias del crecimiento del mismo germen de desorganización que lleva aquella sociedad en sus entrañas. Cualquier mediano observador de sus costumbres políticas os hablará de cómo la obsesión del interés utili-

(1) Por M. Orisson Swett Marden. Boston, 1895.

tario tiende progresivamente á enervar y empequeñecer en los corazones el sentimiento del derecho. El valor cívico, la virtud vieja de los Hámilton, es una hoja de acero que se oxida, cada día más, olvidada, entre las telarañas de las tradiciones. La venalidad, que empieza desde el voto público, se propaga á todos los resortes institucionales. El gobierno de la mediocridad vuelve vana la emulación que realza los caracteres y las inteligencias y que los entona con la perspectiva de la efectividad de su dominio. La democracia, á la que no han sabido dar el regulador de una alta y educadora noción de las superioridades humanas, tendió siempre entre ellos á esa brutalidad abominable del número que menoscaba los mejores beneficios morales de la libertad y anula en la opinión el respeto de la dignidad ajena. Hoy, además, una formidable fuerza se levanta á contrastar de la peor manera posible el absolutismo del número. La influencia política de una plutocracia representada por los todopoderosos aliados de los *trusts,* monopolizadores de la producción y dueños de la vida económica, es, sin duda, uno de los rasgos más merecedores de interés en la actual fisonomía del gran pueblo. La formación de esta plutocracia ha hecho que se recuerde, con muy probable oportunidad, el advenimiento de la clase enriquecida y soberbia que, en los últimos tiempos de la república romana, es uno de los antecedentes visibles de la ruina de la libertad y de la tiranía de los Césares. Y el exclusivo cuidado del en-

grandecimiento material — numen de aquella civilización — impone así la lógica de sus resultados en la vida política, como en todos los órdenes de la actividad, dando el rango primero al *struggle-for-lifer* osado y astuto, convertido por la brutal eficacia de su esfuerzo en la suprema personificación de la energía nacional, — en el postulante á su *representación* emersoniana, — en el *personaje reinante* de Taine!

Al impulso que precipita aceleradamente la vida del espíritu en el sentido de la desorientación ideal y el egoísmo utilitario, corresponde, físicamente, ese otro impulso, que en la expansión del asombroso crecimiento de aquel pueblo, lleva sus multitudes y sus iniciativas en dirección á la inmensa zona occidental que, en tiempos de la independencia, era el misterio, velado por las selvas del Mississipí. En efecto; es en ese improvisado Oeste, que crece formidable frente á los viejos estados del Atlántico, y reclama para un cercano porvenir la hegemonía, donde está la más fiel representación de la vida norteamericana en el actual instante de su evolución. Es allí donde los definitivos resultados, los lógicos y naturales frutos, del espíritu que ha guiado a la poderosa democracia desde sus orígenes, se muestran de relieve a la mirada del observador y le proporcionan un punto de partida para imaginarse la faz del inmediato futuro del gran pueblo. Al virginiano y al yankee ha sucedido como tipo representativo, ese dominador de las ayer desiertas Praderas, refirién-

dose al cual decía Michel Chevalier, hace medio siglo, que "los últimos serían un día los primeros". El utilitarismo, vacío de todo contenido ideal, la vaguedad cosmopolita, y la nivelación de la democracia bastarda, alcanzarán, con él, su último triunfo. — Todo elemento noble de aquella civilización; todo lo que la vincula á generosos recuerdos y fundamenta su dignidad histórica, — el legado de los tripulantes del *Flor de Mayo*, la memoria de los patricios de Virginia y de los caballeros de la Nueva Inglaterra, el espíritu de los ciudadanos y los legisladores de la emancipación, — quedarán dentro de los viejos Estados donde Boston y Filadelfia mantiene aún, según expresivamente se ha dicho, "el palládium de la tradición washingtoniana". Chicago se alza á reinar. Y su confianza en la superioridad que lleva sobre el litoral iniciador del Atlántico, se funda en que le considera demasiado reaccionario, demasiado europeo, demasiado tradicionalista. La historia no da títulos cuando el procedimiento de elección es la subasta de la púrpura!

A medida que el utilitarismo genial de aquella civilización asume así caracteres más definidos, más francos, más estrechos, aumentan, con la embriaguez de la prosperidad material, las impaciencias de sus hijos por propagarla y atribuirle la predestinación de un magisterio Romano. — Hoy, ellos aspiran manifiestamente al primado de la cultura universal, á la dirección de las ideas, y se consideran á sí mismos los for-

jadores de un tipo de civilización que prevalecerá. Aquel discurso semi irónico que Laboulaye pone en boca de un escolar de su París americanizado para significar la preponderancia que concedieron siempre en el propósito educativo á cuanto favorezca el orgullo del sentimiento nacional, tendría toda la seriedad de la creencia más sincera en labios de cualquier americano viril de nuestros días. En el fondo de su declarado espíritu de rivalidad hacia Europa, hay un menosprecio que es ingenuo, y hay la profunda convicción de que ellos están destinados á obscurecer, en breve plazo, su superioridad espiritual y su gloria, cumpliéndose, una vez más, en las evoluciones de la civilización humana, la dura ley de los misterios antiguos en que el iniciado daba muerte al iniciador. Inútil sería tender á convencerles de que, aunque la contribución que han llevado á los progresos de la libertad y de la utilidad haya sido, indudablemente, cuantiosa, y aunque debiera atribuírsele en justicia la significación de una obra universal, de una obra *humana,* ella es insuficiente para hacer transmudarse, en dirección al nuevo Capitolio, el eje del mundo. Inútil sería tender á convencerles de que la obra realizada por la perseverante genialidad del arya europeo, desde que, hace tres mil años, las orillas del Mediterráneo, civilizador y glorioso, se ciñeron jubilosamente la guirnalda de las ciudades helénicas; la obra que aun continúa realizándose y de cuyas tradiciones y enseñanzas vivimos, es una suma con la cual

no puede formar ecuación la fórmula *Wáshington más Edison.* Ellos aspirarían á revisar el Génesis para ocupar esa primera página! — Pero además de la relativa insuficiencia de la parte que les es dado reivindicar en la educación de la humanidad, su carácter mismo les niega la posibilidad de la hegemonía. — Naturaleza no les ha concedido el genio de la propaganda ni la vocación apostólica. Carecen de ese dón superior de *amabilidad* — en alto sentido, — de ese extraordinario poder de simpatía, con que las razas que han sido dotadas de un cometido providencial de educación, saben hacer de su cultura algo parecido á la belleza de la Helena clásica, en la que todos creían reconocer un rasgo propio. — Aquella civilización puede abundar, ó abunda indudablemente, en sugestiones y en ejemplos fecundos; ella puede inspirar admiración, asombro, respeto; pero es difícil que cuando el extranjero divisa de alta mar su gigantesco símbolo: la Libertad de Bartholdi, que yergue triunfalmente su antorcha sobre el puerto de Nueva York, se despierte en su ánimo la emoción profunda y religiosa con que el viajero antiguo debía ver surgir, en las noches diáfanas del Atica, el toque luminoso que la lanza de oro de la Atenea del Acrópolis dejaba notar á la distancia en la pureza del ambiente sereno.

Y advertid que cuando, en nombre de los derechos del espíritu, niego al utilitarismo norteamericano ese carácter típico con que quiere imponérsenos como

suma y modelo de civilización, no es mi propósito afirmar que la obra realizada por él haya de ser enteramente perdida con relación á los que podríamos llamar *los intereses del alma.* — Sin el brazo que nivela y construye, no tendría paz el que sirve de apoyo á la noble frente que piensa. Sin la conquista de cierto bienestar material es imposible en las sociedades humanas, el reino del espíritu. Así lo reconoce el mismo aristocrático idealismo de Renán, cuando realza, del punto de vista de los intereses morales de la especie y de su selección espiritual en lo futuro, la significación de la obra utilitaria de este siglo. "Elevarse sobre la necesidad — agrega el maestro — es redimirse." — En lo remoto del pasado, los efectos de la prosaica é interesada actividad del mercader que por primera vez pone en relación á un pueblo con otros, tienen un incalculable alcance idealizador; puesto que contribuyen eficazmente á multiplicar los instrumentos de la inteligencia, á pulir y suavizar las costumbres, y á hacer posibles, quizá, los preceptos de una moral más avanzada. — La misma fuerza positiva aparece propiciando las mayores idealidades de la civilización. El oro acumulado por el mercantilismo de las repúblicas italianas "pagó — según Saint-Victor — los gastos del Renacimiento". Las naves que volvían de los países de *Las mil y una noches,* colmadas de especias y marfil, hicieron posible que Lorenzo de Médicis renovara, en las lonjas de los mercaderes florentinos, los convites

platónicos. — La historia muestra en definitiva una inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal. Y así como la utilidad suele convertirse en fuerte escudo para las idealidades, ellas provocan con frecuencia (á condición de no proponérselo directamente) los resultados de lo útil. Observa Bagehot, por ejemplo, cómo los inmensos beneficios positivos de la navegación no existirían acaso para la humanidad, si en las edades primitivas no hubiera habido soñadores y ociosos — seguramente, mal comprendidos de sus contemporáneos! — á quienes interesase la contemplación de lo que pasaba en las esferas del cielo. — Esta ley de armonía nos enseña á respetar el brazo que labra el duro terruño de la prosa. La obra del positivismo norteamericano servirá á la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos, ó el mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección. Así, la más preciosa y fundamental de las adquisiciones del espíritu, — el alfabeto, que da alas de inmortalidad á la palabra, — nace en el seno de las factorías cananeas y es el hallazgo de una civilización mercantil, que, al utilizarlo con fines exclusivamente mercenarios, ignoraba que el genio de razas superiores lo transfiguraría convirtiéndole en el medio de propagar su más pura y luminosa esencia. La relación entre los bienes

positivos y los bienes intelectuales y morales, es, pues, según la adecuada comparación de Fouillée, un nuevo aspecto de la cuestión de la equivalencia de las fuerzas que, así como permite transformar el movimiento en calórico, permite también obtener, de las ventajas materiales, elementos de superioridad espiritual.

Pero la vida norteamericana no nos ofrece aún un nuevo ejemplo de esa relación indudable, ni nos lo anuncia como gloria de una posteridad que se vislumbre. — Nuestra confianza y nuestros votos deben inclinarse á que, en un porvenir más inaccesible á la inferencia, esté reservado á aquella civilización un destino superior. Por más que, bajo el acicate de su actividad vivísima, el breve tiempo que la separa de su aurora haya sido bastante para satisfacer el gasto de vida requerido por una evolución inmensa, su pasado y su actualidad no pueden ser sino un introito con relación á lo futuro. — Todo demuestra que ella está aún muy lejana de su fórmula definitiva. La energía asimiladora que le ha permitido conservar cierta uniformidad y cierto temple genial, á despecho de las enormes invasiones de elementos étnicos opuestos á los que hasta hoy han dado el tono á su carácter, tendrá que reñir batallas cada día más difíciles, y en el utilitarismo proscriptor de toda idealidad no encontrará una inspiración suficientemente poderosa para mantener la atracción del sentimiento solidario. Un pensador ilustre, que comparaba al esclavo de las sociedades antiguas

con una partícula no digerida por el organismo social, podría quizá tener una comparación semejante para caracterizar la situación de ese fuerte colono de procedencia germánica que, establecido en los Estados del centro y del Far-West, conserva intacta, en su naturaleza, en su sociabilidad, en sus costumbres, la impresión del genio alemán, que, en muchas de sus condiciones características más profundas y enérgicas, debe ser considerado una verdadera antítesis del genio americano. — Por otra parte, una civilización que esté destinada á vivir y á dilatarse en el mundo; una civilización que no haya perdido, momificándose, á la manera de los imperios asiáticos, la aptitud de la variabilidad, no puede prolongar indefinidamente la dirección de sus energías y de sus ideas en un único y exclusivo sentido. Esperemos que el espíritu de aquel titánico organismo social, que ha sido hasta hoy *voluntad* y *utilidad* solamente, sea también algún día inteligencia, sentimiento, idealidad. Esperemos que, de la enorme fragua, surgirá, en último resultado, el ejemplar humano, generoso, armónico, selecto, que Spencer, en un ya citado discurso, creía poder augurar como término del costoso proceso de refundición. Pero no le busquemos, ni en la realidad presente de aquel pueblo, ni en la perspectiva de sus evoluciones inmediatas; y renunciemos á ver el tipo de una civilización ejemplar donde sólo existe un boceto tosco y enorme, que aun pasará necesariamente por muchas rectificaciones su-

cesivas, antes de adquirir la serena y firme actitud con que los pueblos que han alcanzado un perfecto desenvolvimiento de su genio presiden al glorioso coronamiento de su obra, como en *el sueño del cóndor* que Leconte de Lisle ha descrito con su soberbia majestad, terminando, en olímpico sosiego, la ascención poderosa, más arriba de las cumbres de la Cordillera!



ANTE la posteridad, ante la historia, todo gran pueblo debe aparecer como una vegetación cuyo desenvolvimiento ha tendido armoniosamente á producir un fruto en el que su savia acrisolada ofrece al porvenir la idealidad de su fragancia y la fecundidad de su simiente. — Sin este resultado duradero, *humano,* levantado sobre la finalidad transitoria de lo *útil,* el poder y la grandeza de los imperios no son más que una noche

de sueño en la existencia de la humanidad; porque, como las visiones personales del sueño, no merecen contarse en el encadenamiento de los hechos que forman la trama activa de la vida.

Gran civilización, gran pueblo, — en la acepción que tiene valor para la historia, — son aquellos que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero — según dijo Carlyle del alma de sus "héroes": — *como una nueva y divina porción de la suma de las cosas.* Tal, en el poema de Goethe, cuando la Elena evocada del reino de la noche vuelve á descender al Orco sombrío, deja á Fausto su túnica y su velo. Estas vestiduras no son la misma deidad; pero participan, habiéndolas llevado ella consigo, de su alteza divina, y tienen la virtud de elevar á quien las posee por encima de las cosas vulgares.

Una sociedad definitivamente organizada que limite su idea de la civilización á acumular abundantes elementos de prosperidad, y su idea de la justicia á distribuirlos equitativamente entre los asociados, no hará de las ciudades donde habite nada que sea distinto, por esencia, del hormiguero ó la colmena. No son bastantes, ciudades populosas, opulentas, magníficas, para probar la constancia y la intensidad de una civilización. La gran ciudad es, sin duda, un organismo necesario de la alta cultura. Es el ambiente natural de las más altas

manifestaciones del espíritu. No sin razón ha dicho Quinet que "el alma que acude á beber fuerzas y energías en la íntima comunicación con el linaje humano, esa alma que constituye al grande hombre, no puede formarse y dilatarse en medio de los pequeños partidos de una ciudad pequeña". — Pero así la grandeza cuantitativa de la población como la grandeza material de sus instrumentos, de sus armas, de sus habitaciones, son sólo *medios* del genio civilizador, y en ningún caso resultados en los que él pueda detenerse. — De las piedras que compusieron á Cartago, no dura una partícula transfigurada en espíritu y en luz. La inmensidad de Babilonia y de Nínive no representa en la memoria de la humanidad el hueco de una mano si se la compara con el espacio que va desde la Acrópolis al Pireo. — Hay una perspectiva ideal en la que la ciudad no aparece grande sólo porque prometa ocupar el área inmensa que había edificada en torno á la torre de Nemrod; ni aparece fuerte sólo porque sea capaz de levantar de nuevo ante sí los muros babilónicos sobre los que era posible hacer pasar seis carros de frente; ni aparece hermosa sólo porque, como Babilonia, luzca en los paramentos de sus palacios losas de alabastro y se enguirnalde con los jardines de Semíramis.

Grande es en esa perspectiva la ciudad, cuando los arrabales de su espíritu alcanzan más allá de las cumbres y los mares, y cuando, pronunciado su nombre, ha de iluminarse para la posteridad toda una jornada

de la historia humana, todo un horizonte del tiempo. La ciudad es fuerte y hermosa cuando sus días son algo más que la invariable repetición de un mismo eco, reflejándose indefinidamente de uno en otro círculo de una eterna espiral; cuando hay algo en ella que flota por encima de la muchedumbre; cuando entre las luces que se encienden durante sus noches está la lámpara que acompaña la soledad de la vigilia inquietada por el pensamiento y en la que se incuba la idea que ha de surgir al sol del otro día convertida en el grito que congrega y la fuerza que conduce las almas.

Entonces sólo, la extensión y la grandeza material de la ciudad pueden dar la medida para calcular la intensidad de su civilización. — Ciudades regias, soberbias aglomeraciones de casas, son para el pensamiento un cauce más inadecuado que la absoluta soledad del desierto, cuando el pensamiento no es el señor que las domina. — Leyendo el *Maud* de Ténnyson, hallé una página que podría ser el símbolo de este tormento del espíritu allí donde la sociedad humana es para él un género de soledad. — Presa de angustioso delirio, el héroe del poema se sueña muerto y sepultado, á pocos pies dentro de tierra, bajo el pavimento de una calle de Londres. A pesar de la muerte, su conciencia permanece adherida á los fríos despojos de su cuerpo. El clamor confuso de la calle, propagándose en sorda vibración hasta la estrecha cavidad de la tumba, impide en ella todo sueño de paz. El peso de la multitud indife-

rente gravita á toda hora sobre la triste prisión de aquel espíritu, y los cascos de los caballos que pasan parecen empeñarse en estampar sobre él un sello de oprobio. Los días se suceden con lentitud inexorable. La aspiración de Maud consistiría en hundirse más dentro, mucho más dentro, de la tierra. El ruido ininteligente del tumulto sólo sirve para mantener en su conciencia desvelada el pensamiento de su cautividad.

Existen ya, en nuestra América latina, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente, las acercan con acelerado paso á participar del primer rango en el mundo. Es necesario temer que el pensamiento sereno que se aproxime á golpear sobre las exterioridades fastuosas, como sobre un cerrado vaso de bronce, sienta el ruido desconsolador del vacío. Necesario es temer, por ejemplo, que ciudades cuyo nombre fué un glorioso símbolo en América; que tuvieron á Moreno, á Rivadavia, á Sarmiento; que llevaron la iniciativa de una inmortal Revolución; ciudades que hicieron dilatarse por toda la extensión de un continente, como en el armonioso desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, la gloria de sus héroes y la palabra de sus tribunas, — puedan terminar en Sidón, en Tiro, en Cartago.

A vuestra generación toca impedirlo; á la juventud que se levanta, sangre y músculo y nervio del porvenir. Quiero considerarla personificada en vosotros.

Os hablo ahora figurándome que sois los destinados á guiar á los demás en los combates por la causa del espíritu. La perseverancia de vuestro esfuerzo debe identificarse en vuestra intimidad con la certeza del triunfo. No desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza á los escitas, el Evangelio de la inteligencia á los beocios, el Evangelio del desinterés á los fenicios.

Basta que el pensamiento insista en *ser*, — en demostrar que existe, con la demostración que daba Diógenes del movimiento, — para que su dilatación sea ineluctable y para que su triunfo sea seguro.

El pensamiento se conquistará, palmo á palmo, por su propia espontaneidad, todo el espacio de que necesite para afirmar y consolidar su reino, entre las demás manifestaciones de la vida. — Él, en la organización individual, levanta y engrandece, con su actividad continuada, la bóveda del cráneo que le contiene. Las razas pensadoras revelan, en la capacidad creciente de sus cráneos, ese empuje del obrero interior. — Él, en la organización social, sabrá también engrandecer la capacidad de su escenario, sin necesidad de que para ello intervenga ninguna fuerza ajena á él mismo. — Pero tal persuación que debe defenderos de un desaliento cuya única utilidad consistiría en eliminar á los mediocres y los pequeños, de la lucha, debe preservaros también de las impaciencias que exigen vanamente del tiempo la alteración de su ritmo imperioso.

Todo el que se consagre á propagar y defender,

en la América contemporánea, un ideal desinteresado del espíritu, — arte, ciencia, moral, sinceridad religiosa, política de ideas, — debe educar su voluntad en el culto perseverante del porvenir. El pasado perteneció todo entero al brazo que combate; el presente pertenece, casi por completo también, al tosco brazo que nivela y construye; el porvenir — un porvenir tanto más cercano cuanto más enérgicos sean la voluntad y el pensamiento de los que le ansían — ofrecerá, para el desenvolvimiento de superiores facultades del alma, la estabilidad, el escenario y el ambiente.

¿No la veréis vosotros, la América que nosotros soñamos; hospitalaria para las cosas del espíritu, y no tan sólo para las muchedumbres que se amparen á ella; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; serena y firme á pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave, como la que realza la expresión de un rostro infantil cuando en él se revela, al través de la gracia intacta que fulgura, el pensamiento inquieto que despierta?... — Pensad en ella á lo menos; el honor de vuestra historia futura depende de que tengáis constantemente ante los ojos del alma la visión de esa América regenerada, cerniéndose de lo alto sobre las realidades del presente, como en la nave gótica el vasto rosetón que arde en luz sobre lo austero de los muros sombríos. — No seréis sus fundadores, quizá; seréis los precursores que inmediatamente la precedan.

En las sanciones glorificadoras del futuro hay también palmas para el recuerdo de los precursores. Edgard Quinet, que tan profundamente ha penetrado en las armonías de la historia y la naturaleza, observa que para preparar el advenimiento de un nuevo tipo humano, de una nueva unidad social, de una personificación nueva de la civilización, suele precederles de lejos un grupo disperso y prematuro, cuyo papel es análogo en la vida de las sociedades al de las *especies proféticas* de que á propósito de la evolución biológica habla Héer. El tipo nuevo empieza por significar, apenas, diferencias individuales y aisladas; los individualismos se organizan más tarde en "variedad"; y por último, la variedad encuentra para propagarse un medio que la favorece, y entonces ella asciende quizá al rango específico: entonces — digámoslo con las palabras de Quinet — *el grupo se hace muchedumbre, y reina.*

He ahí porqué vuestra filosofía moral en el trabajo y el combate debe ser el reverso del *carpe díem* horaciano; una filosofía que no se adhiera á lo presente sino como al peldaño donde afirmar el pie ó como á la brecha por donde entrar en muros enemigos. No aspiraréis, en lo inmediato, á la consagración de la victoria definitiva, sino á procuraros mejores condiciones de lucha. Vuestra energía viril tendrá con ello un estímulo más poderoso; puesto que hay la virtualidad de un interés dramático mayor, en el desempeño de ese papel, activo esencialmente, de renovación y de

conquista, propio para acrisolar las fuerzas de una generación heroicamente dotada, que en la serena y olímpica actitud que suelen las edades de oro del espíritu imponer á los oficiantes solemnes de su gloria. — "No es la posesión de los bienes, — ha dicho profundamente Taine, hablando de las alegrías del Renacimiento; — no es la posesión de bienes, sino su adquisición, lo que da á los hombres el placer y el sentimiento de su fuerza".

Acaso sea atrevida y candorosa esperanza creer en un aceleramiento tan continuo y dichoso de la evolución, en una eficacia tal de vuestro esfuerzo, que baste el tiempo concedido á la duración de una generación humana para llevar en América las condiciones de la vida intelectual, desde la incipiencia en que las tenemos ahora, á la categoría de un verdadero interés social y á una cumbre que de veras domine. — Pero, donde no cabe la transformación total, cabe el progreso; y aun cuando supierais que las primicias del suelo penosamente trabajado, no habrían de servirse en vuestra mesa jamás, ello sería, si sois generosos, si sois fuertes, un nuevo estímulo en la intimidad de vuestra conciencia. La obra mejor es la que se realiza sin las impaciencias del éxito inmediato; y el más glorioso esfuerzo es el que pone la esperanza más allá del horizonte visible; y la abnegación más pura es la que se niega en lo presente, no ya la compensación del lauro y el honor ruidoso, sino aun la voluptuosidad moral que se solaza en la

contemplación de la obra consumada y el término seguro.

Hubo en la antigüedad altares para los "dioses ignorados". Consagrad una parte de vuestra alma al porvenir desconocido. A medida que las sociedades avanzan, el pensamiento del porvenir entra por mayor parte como uno de los factores de su evolución y una de las inspiraciones de sus obras. Desde la imprevisión obscura del salvaje, que sólo divisa del futuro lo que falta para el terminar de cada período de sol y no concibe cómo los días que vendrán pueden ser gobernados en parte desde el presente, hasta nuestra preocupación solícita y previsora de la posteridad, media un espacio inmenso, que acaso parezca breve y miserable algún día. Sólo somos capaces de progreso en cuanto lo somos de adaptar nuestros actos á condiciones cada vez más distantes de nosotros, en el espacio y en el tiempo. La seguridad de nuestra intervención en una obra que haya de sobrevivirnos, fructificando en los beneficios del futuro, realza nuestra dignidad humana, haciéndonos triunfar de las limitaciones de nuestra naturaleza. Si, por desdicha, la humanidad hubiera de desesperar definitivamente de la inmortalidad de la conciencia individual, el sentimiento más religioso con que podría substituirla sería el que nace de pensar que, aun después de disuelta nuestra alma en el seno de las cosas, persistiría en la herencia que se transmiten las generaciones humanas lo mejor de lo que ella ha sentido y ha

soñado, su esencia más íntima y más pura, al modo como el rayo lumínico de la estrella extinguida persiste en lo infinito y desciende á acariciarnos con su melancólica luz.

El porvenir es en la vida de las sociedades humanas el pensamiento idealizador por excelencia. De la veneración piadosa del pasado, del culto de la tradición, por una parte, y por la otra del atrevido impulso hacia lo venidero, se compone la noble fuerza que levantando el espíritu colectivo sobre las limitaciones del presente, comunica á las agitaciones y los sentimientos sociales un sentido ideal. Los hombres y los pueblos trabajan, en sentir de Fouillée, bajo la inspiración de las ideas, como los irracionales bajo la inspiración de los instintos; y la sociedad que lucha y se esfuerza, á veces sin saberlo, por imponer una idea á la realidad, imita, según el mismo pensador, la obra instintiva del pájaro que, al construir el nido bajo el imperio de una imagen interna que le obsede, obedece á la vez á un recuerdo inconsciente del pasado y á un presentimiento misterioso del porvenir.

Eliminando la sugestión del interés egoísta, de las almas, el pensamiento inspirado en la preocupación por destinos ulteriores á nuestra vida, todo lo purifica y serena, todo lo ennoblece; y es un alto honor de nuestro siglo el que la fuerza obligatoria de esa preocupación por lo futuro, el sentimiento de esa elevada imposición de la dignidad del sér racional, se hayan mani-

festado tan claramente en él, que aun en el seno del más absoluto pesimismo, aun en el seno de la amarga filosofía que ha traído á la civilización occidental, dentro del loto de Oriente, el amor de la disolución y la nada, la voz de Hártmann ha predicado, con la apariencia de la lógica, el austero deber de continuar la obra del perfeccionamiento, de trabajar en beneficio del porvenir, para que, acelerada la evolución por el esfuerzo de los hombres, llegue ella con más rápido impulso á su término final, que será el término de todo dolor y toda vida.

Pero no, como Hártmann, en nombre de la muerte, sino en el de la vida misma y la esperanza, yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro. — Para pedíroslo, he querido inspirarme en la imagen dulce y serena de mi Ariel. — El bondadoso genio en quien Shakespeare acertó á infundir, quizá con la divina inconsciencia frecuente en las adivinaciones geniales, tan alto simbolismo, manifiesta claramente en la estatua su significación ideal, admirablemente traducida por el arte en líneas y contornos. Ariel es la razón y el sentimiento superior. Ariel es este sublime instinto de perfectibilidad, por cuya virtud se magnifica y convierte en centro de las cosas, la arcilla humana á la que vive vinculada su luz, — la *miserable arcilla* de que los genios de Arimanes hablaban á Manfredo. Ariel es, para la naturaleza, el excelso coronamiento de su obra, que hace terminarse el proceso de ascensión de

las formas organizadas, con la llamarada del espíritu. Ariel triunfante, significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroismo en la acción, delicadeza en las costumbres. — Él es el héroe epónimo en la epopeya de la especie; él es el inmortal protagonista; desde que con su presencia inspiró los débiles esfuerzos de racionalidad del hombre prehistórico, cuando por primera vez dobló la frente obscura para labrar el pedernal ó dibujar una grosera imagen en los huesos de reno; desde que con sus alas avivó la hoguera sagrada que el arya primitivo, progenitor de los pueblos civilizadores, amigo de la luz, encendía en el misterio de las selvas del Ganges, para forjar con su fuego divino el cetro de la majestad humana, — hasta que, dentro ya de las razas superiores, se cierne, deslumbrante, sobre las almas que han extralimitado las cimas naturales de la humanidad; lo mismo sobre los héroes del pensamiento y el ensueño que sobre los de la acción y el sacrificio; lo mismo sobre Platón en el promontorio de Súnium, que sobre San Francisco de Asís en la soledad de Monte Albernia. — Su fuerza incontrastable tiene por impulso todo el movimiento ascendente de la vida. Vencido una y mil veces por la indomable rebelión de Calibán, proscripto por la barbarie vencedora, asfixiado en el humo de las batallas, manchadas las alas transparentes al rozar el "eterno estercolero de Job", Ariel resurge inmortalmente, Ariel recobra su juventud y su

hermosura, y acude ágil, como al mandato de Próspero, al llamado de cuantos le aman é invocan en la realidad. Su benéfico imperio alcanza, á veces, aun á los que le niegan y le desconocen. Él dirige á menudo las fuerzas ciegas del mal y la barbarie para que concurran, como las otras, á la obra del bien. Él cruzará la historia humana, entonando, como en el drama de Shakespeare, su canción melodiosa, para animar á los que trabajan y á los que luchan, hasta que el cumplimiento del plan ignorado á que obedece, le permita — cual se liberta, en el drama, del servicio de Próspero, — romper sus lazos materiales y volver para siempre al centro de su lumbre divina.

Aun más que para mi palabra, yo exijo de vosotros un dulce é indeleble recuerdo para mi estatua de Ariel. Yo quiero que la imagen leve y graciosa de este bronce se imprima desde ahora en la más segura intimidad de vuestro espíritu. — Recuerdo que una vez que observaba el monetario de un museo, provocó mi atención en la leyenda de una vieja moneda la palabra *Esperanza,* medio borrada sobre la palidez decrépita del oro. Considerando la apagada inscripción, yo meditaba en la posible realidad de su influencia. ¿Quién sabe qué activa y noble parte sería justo atribuir, en la formación del carácter y en la vida de algunas generaciones humanas, á ese lema sencillo actuando sobre los ánimos como una insistente sugestión? ¿Quién sabe cuántas vacilantes alegrías persistieron, cuántas gene-

rosas empresas maduraron, cuántos fatales propósitos se desvanecieron, al chocar las miradas con la palabra alentadora, impresa, como un gráfico grito, sobre el disco metálico que circuló de mano en mano?... Pueda la imagen de este bronce — troquelados vuestros corazones con ella — desempeñar en vuestra vida el mismo inaparente pero decisivo papel. Pueda ella, en las horas sin luz del desaliento, reanimar en vuestra conciencia el entusiasmo por el ideal vacilante, devolver á vuestro corazón el calor de la esperanza perdida. Afirmado primero en el baluarte de vuestra vida interior, Ariel se lanzará desde allí a la conquista de las almas. Yo le veo, en el porvenir, sonriéndoos con gratitud, desde lo alto, al sumergirse en la sombra vuestro espíritu. Yo creo en vuestra voluntad, en vuestro esfuerzo; y más aún, en los de aquellos á quienes daréis la vida y transmitiréis vuestra obra. Yo suelo embriagarme con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que la Cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido tallada para ser el pedestal definitivo de esta estatua, para ser el ara inmutable de su veneración!



Así habló Próspero. — Los jóvenes discípulos se separaron del maestro después de haber estrechado su mano con afecto filial. De su suave palabra, iba con ellos la persistente vibración en que se prolonga el lamento del cristal herido, en un ambiente sereno. Era la última hora de la tarde. Un rayo del moribundo sol atravesaba la estancia, en medio de discreta penumbra, y tocando la frente de bronce de la estatua, parecía ani-

mar en los altivos ojos de Ariel la chispa inquieta de la vida. Prolongándose luego, el rayo hacía pensar en una larga mirada que el genio, prisionero en el bronce, enviase sobre el grupo juvenil que se alejaba. — Por mucho espacio marchó el grupo en silencio. Al amparo de un recogimiento unánime se verificaba en el espíritu de todos ese fino destilar de la meditación, absorta en cosas graves, que un alma santa ha comparado exquisitamente á la caída lenta y tranquila del rocío sobre el vellón de un cordero. — Cuando el áspero contacto de la muchedumbre les devolvió á la realidad que les rodeaba, era la noche ya. Una cálida y serena noche de estío. La gracia y la quietud que ella derramaba de su urna de ébano sobre la tierra, triunfaban de la prosa flotante sobre las cosas dispuestas por manos de los hombres. Sólo estorbaba para el éxtasis la presencia de la multitud. Un soplo tibio hacía estremecerse el ambiente con lánguido y delicioso abandono, como la copa trémula en la mano de una bacante. Las sombras, sin ennegrecer el cielo purísimo, se limitaban á dar á su azul el tono obscuro en que parece expresarse una serenidad pensadora. Esmaltándolas, los grandes astros centelleaban en medio de un cortejo infinito; Aldebarán, que ciñe una púrpura de luz; Sirio, como la cavidad de un nielado cáliz de plata volcado sobre el mundo; el Crucero, cuyos brazos abiertos se tienden sobre el suelo de América como para defender una última esperanza...

Y fué entonces, tras el prolongado silencio, cuando el más joven del grupo, á quien llamaban "Enjolrás" por su ensimismamiento reflexivo, dijo, señalando sucesivamente la perezosa ondulación del rebaño humano y la radiante hermosura de la noche:

—Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y obscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador.

ARIEL de José Enrique Rodó. se terminó de imprimir en Colombino Hnos. Ltda., Piedras 477, Montevideo, el siete de marzo de 1947. Las ilustraciones originales de Antonio Pena, han sido reproducidas en Hueco Offset a dos tintas. De la presente edición se tiraron 3.000 ejemplares; doscientos en papel de hilo Van Dyck acremado, señalados con números romanos del I al L, de los cuales 8 llevan un dibujo original de Antonio Pena; 150 del 51 al 200 en números arábigos, el resto de los ejemplares sin numerar.